

“El desprecio”



GUSTAVO ADOLFO VACA NARVAJA

2017

Novela corta

A los lectores que padecerían si ignorasen lo que la novela cuenta

En que se observa que los lectores salteados son, lo mismo, lectores completos. Y también, que cuando se inaugura como aquí sucede la literatura salteada, deben leer corrido si son cultos y desean continuarse como lectores salteados. Al par, el autor descubre sorprendido que aunque literato salteado, le gusta tanto como a los otros que lo lean seguido, y para persuadir a ello al lector ha encontrado ese buen argumento de que aquellos leen todo al fin y es ocioso saltar y desencuadernar, pues le mortifica que llegue a decirse: “la he leído a ratos y a trechos; muy buena la novelita pero algo inconexa, mucho trunco en ella”

Macedonio Fernández
Museo de la Novela de la Eterna

I

Fuego

Las llamas devoraban su vivienda. Un corazón de fuego lo había desencadenado; Adolfo tenía siete años, su imprudencia había ocasionado tamaña desgracia al encender papeles en la pequeña carpa armada con frazadas justo en el centro de la biblioteca de su padre, el sábado en la tarde. Recordó que su última fantasía de explorador había quedado en ese pequeño habitáculo que abandonó para ir al baño. Luego, por esos olvidos que los niños acostumbran en sus juegos, prefirió salir con su bicicleta, olvidando su campamento. Partió dejándose deslizar con velocidad inusual por las veredas del barrio. Estaba feliz. Él contra el mundo, con esa omnipotencia que solo la infancia otorga. Las calles aceras, las Tipas vetustas orgullosas de troncos oscuros con ramas verdes contrastaban con jardines ornamentados de césped, flores y geranios gigantes únicos en esa zona y orgullo del vecindario. Estaba exultante, su vida holgada le había permitido recorrer esa infancia con soltura, sin grandes conflictos y con un crecimiento digno; se sentía orgulloso, desconocía las consecuencias del miedo o el temor y su vida escolar, transcurría deshojando conocimiento. Era un pequeño y ávido lector, consumía libros de cuentos con grandes letras y dibujos de colores, le fascinaban las poesías cortas, que luego repetía haciendo gala de su memoria y leyendo en voz alta deletreaba nuevas palabras poniendo más énfasis en las que él interpretaba como más válidas. Sus padres sentían admiración por ese niño y estaban orgullosos de verlo a esa corta edad tan compenetrado en las letras. Los extasiaba esa facilidad que tenía por su cualidad inusual en la lectura. A su edad era reiteradamente convocado en la escuela para recitar en las fechas patrias poesías y letras de himnos que sumaban galardones y premios por sus interpretaciones, a su curso. Destacaba también su agilidad en las matemáticas, ágil en las sumas y restas. Multiplicaba con la misma facilidad que dividía. A pesar de esto, esa materia lo aburría. Sus padres saboreaban diariamente el esfuerzo de haberle posibilitado su educación. Adolfo, como buen hijo único ofrecía resultados, a pesar que nunca pudo desprenderse del egoísmo que se incorporaba sin darse cuenta en cada una de sus actitudes. No había maldad; sí, una profunda soledad. Pedaleaba entusiasmado en su bicicleta manejando con destreza; sentía el aire fresco en su rostro y sonreía festejando cada pirueta que realizaba esquivando bultos y personas. Poco antes de terminar su primera vuelta a la manzana, observó con curiosidad el humo negro que hacía figuras en el cielo; un humo de color ceniza, espeso, con movimientos espiralados y caprichosos formando una columna maciza como un hongo, para luego abrirse en las alturas diluyéndose misteriosamente en el espacio. Detuvo su carrera quedando a horcajadas en su bicicleta manteniendo sus dos manos en el manubrio níquelado. Estaba fascinado por esa visión inesperadamente real. La calle desierta se fue poblando con vecinos que en su comienzo salieron por curiosidad abriendo ventanas y puertas. Cuando tomaron conciencia de lo que realmente pasaba, corrieron hacia el incendio alarmados, señalando el hongo negro que crecía. Unas lengüetas de llamas rojas aparecieron bruscamente como si fuesen ellas, las obligadas a disciplinar el humo que deseaba dispersarse. Los vecinos comenzaron a pasar apresuradamente a su lado corriendo gritando una palabra grabada para siempre en su memoria...!Fuego! Asustados, presurosos en llegaban desordenadamente al siniestro corrían con baldes y palas.. Atrás de ellos, decenas de jóvenes y algunos niños. Adolfo retomó su bicicleta, comenzó a pedalear hasta la esquina angustiado por el pánico ajeno. Al llegar, una sensación desconocida de pavor lo invadió cuando descubrió que el humo nacía en la mitad de esa cuadra: justamente, donde estaba su vivienda. Al frente de ella cruzados en la acera, los bomberos con sus carros rojos, sus manijas de bronce y níquel pulida resaltaban lustrosas, las mangueras cruzando la calle como serpientes gigantes lanzando agua a presión. Un cordón

de policías evitaba que se acercaran curiosos que habían generado sin querer, un compacto cinturón a pocos metros del incendio. Los gritos de mujeres eran desgarrantes; se sumaban al abnegado lamento de hombres luchando contra el fuego. Era una escena siniestra que paralizó al niño que observaba desde el borde de un cantero al que subió, para ver porque le habían, imposibilitado su avance con la bicicleta. No atinaba a nada. Su cuerpo rígido, se había convertido en un mármol; sus ojitos abiertos no parpadeaban y sentía su garganta cerrada. La mano derecha aferraba la rama de una Tipa, la izquierda no atinaba a realizar ningún movimiento. Observó que en la punta de la cerca de su casa estaba su pequeño perro labrador manchado de cenizas, ladrando ; pidiendo a todos que salvaran los habitantes de esa casa y que buscaran su pequeño amigo que seguramente estaba en esa hoguera cada vez más intensa. Nadie lo escuchaba. Adolfo gritó por primera vez el nombre de su perro con voz insólitamente desgarrada, estremecida y suplicante. Tampoco lo escucharon. Su perro bruscamente se lanzó hacia la entrada principal que momentáneamente había quedado descubierta al caer agua sobre los marcos de la puerta. Entró ladrando con desesperación y el sonido se fue perdiendo entre quejidos, cuando se derrumbó la viga principal cubriendo la puerta como si fuese la tapa de un sepulcro. Desconsolado, avanzó corriendo, gritando, gesticulando, hasta que fue atrapado por dos enormes tenazas que lo inmovilizaron de sus brazos y lo levantaron muy cerca del casco del bombero que trataba de calmarlo. Gritó, pataleó, luchó contra esa fuerza superior que se lo impedía, hasta que lentamente derrotado, fue derrumbando su heroísmo, para dar paso al niño desamparado; llorando, gimiendo, pidiendo a gritos por su papá y mamá como si esas dos palabras sintetizaran un amor que se calcinaba impiadosamente en esa gigantesca braza incandescente. Estremecida su alma, herida su vida ante esa locura a la que asistía, solo atinaba a taparse sus oídos con sus pequeños dedos como si ese mecanismo de abolición del lamento fuese suficiente para mitigar su pena. No recuerda Adolfo en esas cinco horas de fuego, por cuantos brazos fue pasando, ni cuantos bomberos apresaron sus muñecas y sus piernas; todos le hablaban para darle un consuelo absurdo, mirándolo con sus rostros cubiertos de cenizas y sus bocas vomitando palabras que él no podía escuchar, porque estaba ahogado en un llanto desgarrador, sumado a ese sollozo interminable del sufrimiento. Sus mejillas rozadas antes estaban pálidas, húmedas de lágrimas, grises de cenizas atrapadas cuando danzaban en el aire buscando un destino y en ese lugar entre esos restos de madera, acero y cemento, languidecía el fuego a cuatro horas de haber sido inundado por agua de mangueras. En esas cenizas humeantes habitaban sus padres convertidos ahora en polvo. También su noble perro que estaría tal vez, buscando si viviera, la habitación del niño que había entrado a salvar. Sus tres afectos estaban consumidos, por primera vez recordó aterrado cuando prendió los cerillos adentro de la carpa de frazadas en la biblioteca de su padre. Sintió que él era el despreciable asesino. Súbitamente su llanto cesó. Sus ojos dejaron de emitir lágrimas; no podía respirar, se ahogaba. El cuerpo se desplomó en los brazos de ese alguien, que aún lo sostenía. Sus ojos escaparon hacia su frente como si buscaran en ella alguna explicación; quedaron blancos, quietos, fijos. Los labios se pusieron azules y una baba blanca escapaba por su comisura, sus manitas frías quedaron colgando sin resistencia. Una convulsión estremeció ese pequeño cuerpo como si con cada espasmo, la magia de la naturaleza pudiese regresar el alma herida que se desprendía del niño. Nada más recuerda Adolfo. Los paramédicos acudieron a su pequeño cuerpo tratando de darle los primeros auxilios del moribundo, hasta que pudieron llevarlo en esas carrozas blancas, con sirenas que aturden en el día y la noche al Hospital. Iba el niño en ese vehículo iluminado, con la máscara de oxígeno adherida a su boca, sus ojitos cerrados y los pequeños brazos con agujas plateadas que habían perforado su delicada piel, en busca de venas azules. Nadie lo acompaña de su familia, porque ya no tenía a nadie. Solo el médico afligido asistía al pequeño que luchaba inconsciente por su vida. Estaba rodeado de luces que no podía ver y el pequeño soplo continuo de oxígeno que fluía de su máscara, secaba sus labios, que ahora estaban heridos y agrietados. Las figuras fantasmales de sus padres aparecieron a su lado. Pálidas, ciertas de realidad y bondad; acunaban al niño abandonado. Ella tocaba su frente como lo hizo el primer día que lo vio nacer, llenando de bondad y cariño su piel. Sentía su voz cuando le decía que no se culpaba; que él, no los había matado; que fue el destino quién había cometido esa crueldad, pero que ellos estaban bien; que el dolor había pasado y que estaban imbuidos

de una paz extraña, confortable y eterna. Esas palabras, ese mágico contacto con su madre, produjo en el niño la primera respuesta de vida. Sus párpados se abrieron en forma lenta, evitando ser cegado por esas luces blancas y pudo ver a su madre sentada a su lado con esa mirada tierna del amor y su mano tocando su frente con la suavidad del terciopelo. Del otro lado, su padre, mirándolo con una sonrisa, asintiendo las palabras de ella. Adolfo pudo verlos, sentirlos y el mensaje recibido mitigó en parte su gran dolor sin poder quitarlo, porque estaba clavado definitivamente en su pecho. Fue su última visión en ese día.

II

El inicio

Recuperar la conciencia en un paciente grave, significa en parte, recuperar una vida. En este caso; lo único que recuperó fue su dolor. Adolfo estaba en una cama de sábanas blancas con un monitor a sus espaldas y una máscara transparente de plástico que lanzaba un sonido sordo. Ráfagas suaves y permanentes del oxígeno lastimaba su garganta. Abrió nuevamente sus párpados y esta vez se encontró solo. Sus padres ya no lo acompañaban. Estaba en una sala vidriada con varias camas ocupadas con pacientes que se quejaban probablemente de dolor. A pocos metros, unas enfermeras estaban dedicadas a preparar medicaciones y anotar en las carpetas clínicas las novedades. Su cama era la número 7 y él, naturalmente era el enfermo siete. Sintió su cuerpo vacío, flácido, débil y tuvo muchas ganas de llorar; sus ojos se cubrieron de lágrimas, mientras sus pequeñas manos apretaban con fuerza la sábana blanca. Retenía una vaga imagen de su madre acunándolo en la ambulancia y sintió un rechazo profundo por el mundo, sumado a un resentimiento sin límite y tristeza; tal vez, por su impotencia de modificar lo acontecido. El llanto ensobró el silencio. Adolfo había perdido sus padres y supo que ya no tendría infancia. Huérfano de amor, quedaba solo en la vida y si bien su recuperación fue rápida, olvidó lo que era una sonrisa. El mutismo fue su repuesta, el dolor se había hecho piel. Fue visitado por hombres y mujeres vestidos de seriedad; ellos con sacos y corbatas. Ellas, trajes sastres oscuros asexuados. Le hablaban con palabras que en realidad él no quería escuchar y su última visita, fue una mujer de edad avanzada que con frialdad, le comunicó que a partir de ese momento, él; el enfermo de la cama siete, estaría a cargo del Estado, porque nadie lo había reclamado. Era un bulto en la nada. Así, llevado sin oposición alguna de su parte, transitó sus años en internados para huérfanos y por sus serios trastornos de conducta, sus preceptores estaban obligados a pedir traslados una y otra vez, hasta que en su adolescencia dijo basta, para transformarse precozmente en un hombre. El último preceptor al cual escuchaba por sus historias, era un hombre de mediana edad, que había trabajado en África en una ONG y en las tardes contaba sus experiencias cuando era voluntario en Uganda y estaba como presidente Idi Amin Dada, "El Carnicero de Kampala", sobrenombre al que hizo mérito, por su régimen corrupto y sanguinario. Adolfo se sentaba separado del grupo que miraba asombrado al narrador, quién, con gestos serios y adustos, comentaba como Amin había mandado a asesinar a casi 500 mil hombres y mujeres y como filmaba las decapitaciones de sus opositores. Relataba con detalle el exterminio de los elefantes de su país, por sugerencia de una hechicera que le había sugerido para nutrirse de vigor sexual, beber la sangre de los animales sacrificados. Relataba azorado como se comía niños, entre ellos a su propio hijo. Adolfo se identificaba con esa macabra sensación de venganza que nutría la personalidad del dictador y cuando se enteró que luego de matar a sus opositores, se comía sus vísceras crudas como una señal divina de omnipotencia, sintió una frescura enfermiza y gratificante. Se imaginaba un mundo de revancha y cuando se terminaba el relato, se retiraba cabizbajo, sintiendo un profundo respeto por Dada. Su personalidad retraída, alejada de todo contacto social, lo fue llevando lentamente a un aislamiento preocupante. No tuvo amigos; su única pertenencia era un portarretrato donde estaba él y sus padres atrapados por el tiempo. Se refugió en la lectura; las bibliotecas se transformaron en su casa, en las noches se quedaba bajos los pupitres con una pequeña

linterna leyendo las biografías de los personajes de la literatura y la historia; sin embargo, sus conocimientos, nunca los compartía con sus compañeros a quienes trataba con desprecio. En sus exámenes, solo entregaba lo necesario para aprobar, porque no quería compartir sus sueños con nadie y menos aún su formación. Su primera novia lo dejó por su agresividad. Afloraba en sus estallidos de violencia donde perdía absolutamente el control y nacía una profunda animosidad que finalizaba siempre, en una pelea agresiva que rutinariamente terminaba en la sala de primeros auxilios del internado. Nunca aceptó consejos de nadie; tampoco él los daba. Su vida era solitaria y el resentimiento afloraba una y otra vez, en cada enfrentamiento surgido por cualquier excusa. Ese abandono amoroso marcó también su vida y juró ante sí mismo venganza. Terminó la escuela secundaria con dificultad, porque su conducta ensombrecía su futuro. Sin embargo, esa noche de diciembre, cuando las Navidades se acercaban con las estrellas iluminadas y los pinos acumulando regalos, le dio posibilidad de escapar. Fue en Noche Buena. Tenía ya, algunos años más cuando saltó por la ventana y aprovechando la penumbra interrumpida por las luces de bengalas y las cañas voladoras, llegó a la puerta del internado y comenzó a correr en una carrera que no admitía cansancio. Corría a una libertad que había madurado durante muchos años y llevaba en su bolsillo secreto, sus ahorros. Corrió. Corrió sin descansos, abriendo la boca a veces por la falta de aire. Cruzó caminos y senderos, lomadas y llanuras, hasta que la madrugada puso el freno con la luz, debiendo buscar refugio para no ser encontrado. Ubicó a pocos metros un caño de drenaje abandonado. Agitado, cansado de esas largas horas de escape, se recostó a lo largo en una posición más cómoda para estirar su cuerpo, quitó los botines de goma y comió chocolates que había llevado en su bolsillo. Apoyó la cabeza sobre una piedra lisa que le sirvió de almohada. Su agitación fue cediendo en la medida que la luz se hacía más intensa por el sol. Lentamente fue accediendo al sopor del sueño. Soñó que estaba en una cabaña de troncos, a las orillas de un arroyo de aguas transparentes, la vegetación era tan exuberante que podía percibir el aroma de plantas y flores silvestres, se veía pescando en la orilla del río y sus padres descansando en la cabaña. La placidez de ese día contrastó con la vertiginosa imagen que empañó su sueño, cuando desde los árboles emergieron lenguas de fuego, que apuntaban la cabaña. El cielo se cubrió de un gris extraño, metálico, frío. Unas voces crecían en el espacio, transformadas en gritos y lamentos que se acercaban a la cabaña con igual velocidad que las llamas descolgadas de las copas de los árboles; vio a sus padres vestidos de negro salir por la puerta cerrada atravesando la madera encendida de fuego, los veía bailar, danzar tomados de la mano, mirándolo a él y burlándose de su lejanía. Lo señalaban con sus dedos índices y le gritaban "tú lo hiciste"...repetían esas palabras cantando y saltando entre el fuego. Despertó alarmado, mirando la oscuridad del caño que ofrecía dos bocas de luces. Sudaba, temblaba su cuerpo y gritaba palabras que tampoco él comprendía. Transcurrieron varios minutos hasta que se dió cuenta que era su repetido y macabro sueño y vio sus manos ensangrentadas, porque seguramente habían sido raspadas contra las piedras durante su sueño; pasó las palmas de sus manos en su rostro seco de lágrimas, convirtiendo su cara en una máscara ridículamente roja. Así quedó, sentado, temblando de odio. Nutrido por su historia de dolor, hasta que la noche le permitió salir de ese agujero negro y comenzó a caminar sin rumbo, atravesando kilómetros de caminos desconocidos. Un camión se apiadó de su debilidad y lo llevó más de trescientos kilómetros en silencio. Se alejaba de su pasado con hambre y sed, pero ahora, era un hombre libre, duro y a veces cruel. Sus primeros trabajos fueron en los bares de luces mortecinas, con muchachas alegres para hombres con dinero que malgastaban sus vicios. Él; alejado de la vida y placeres, ahorra cada centavo, jurando que con ese capital sería en poco tiempo en un hombre poderoso. Un grupo de borrachos concurrentes al bar nocturno, le ofreció trabajo en el negocio de la droga. Lo aceptó. Fué su primer contacto con el cartel de Medellín y firmó contrato de ingreso, sabiendo que a mayor riesgo, multiplicaría sus ahorros para lograr sus objetivos. Había decidido ser un hombre poderoso; pensó en Dadá que acumuló fortuna sin escrúpulo y hasta se dió el lujo de enviarle un mensaje a la Reina de Inglaterra, para que lo visitara en África y de esa manera conocería un "hombre verdadero". Adolfo abandonó sus hábitos por la lectura y la literatura que fué postergando para aparecer el matemático frío, con corazón de piedra. Diez años tardó en cumplir su sueño. Sin duda que

no podría proclamarse "el último Rey de Escocia" como lo hizo Idi Amín; pero estaba seguro que fundaría un imperio.

III

El regreso

Un gigantesco Jumbo Boeing 747; tal vez aquel que alguna vez soñó Leonardo da Vinci cuyos diseños legó al mundo presagiando su futuro en "*Sul volo degli uccelli*", se acercaba majestuosamente sobre los cielos de Buenos Aires orientando su trompa hacia una pista iluminada de Ezeiza divisada a varios cientos de kilómetros como un camino incandescente, mágico, atrapada en una noche cerrada. Hería los cúmulos de nubes de cristales de hielo suspendidas en una atmósfera vacía perforando la magia blanca en un túnel perfecto semejando un bólido que cae de las galaxias. En el interior del avión, los pasajeros recobrados de un vuelo tumultuoso de turbulencias y tormentas, se preparaban para el aterrizaje ajustando sus cinturones; acomodando sus pertenencias personales y devolviendo diarios y revistas a las azafatas inquietas por los tiempos; ellas, circulaban por los pasillos controlando que se cumplieran las normas de seguridad. En las ventanillas del lado derecho del avión, se divisaba el imponente estuario del Río de la Plata y el Océano Atlántico con sus boyas luminosas marcando las cercanías de peligros y destellos de barcos pesqueros descansando de sus tareas a 200 millas de las costas desdibujadas por la distancia. Otras ventanillas, gratificaban al curioso con luces de la capital Argentina; sus avenidas iluminadas, las autopistas y los edificios con carteles luminosos centellaban advirtiéndole a los pasajeros las cercanías de la tierra.

Quién diría que desde aquel precario proyecto de Otto Lilienthal que mantenía suspendido un hombre entre alas artificiales acodadas semejando el planeo de los cóndores, pudiesen haber inventado y concretado la magnífica estructura de esa ave mecánica que ahora aplicaba sus frenos con turbos desafiando las leyes más elementales de la gravedad, en un abismo infinito con solo planear con sus alas. Las recomendaciones del comandante del avión dando datos del clima, la humedad y el viento en la Capital despidiéndose de los pasajeros y agradeciéndoles por haber confiado en Aerolíneas Argentinas. Su comandante de vuelo con una tripulación atenta y servicial siempre solícita y sonriente; agradecía. En la fila 23 un hombre de unos cincuenta años, sentado en la butaca que daba al pasillo, hablaba animadamente con una de las azafatas, que indudablemente había conquistado. El hombre aparentaba ser un exitoso empresario de regreso. Él anotaba en su libreta electrónica los datos personales de esa hermosa dama, quién corregía discretamente sus datos aprovechando su cercanía, para rozar sin pudor sus pechos sobre el hombro de Adolfo que se dejaba hacer, prolongando la escritura. Una excitación mutua los unía; quedaron en encontrarse, hablarse en cuanto llegaran a destino para definir una cita amorosa en el mejor hotel y con la mejor cena de Bs. As. Adolfo; el hombre de negocios regresaba de Brasil; el gigante americano nacido entre minas de oro y diamantes de Mina Gerais'; Mato Grosso y Goiás. Él tenía una industria alimenticia radicada en Teresina, al norte del Brasil a pocos kilómetros de San Luis. Después de haber solucionado problemas financieros de sus empresas regresaba distendido, seguro de haber sorteado una de las crisis más importantes que le había tocado vivir como empresario. Todo fué arreglado con dinero ensobrado pasado bajo las innumerables mesas de funcionarios. Era un hombre fogueado en estas lides por haber sorteado los vaivenes de la economía Latinoamericana tan propensa a las sorpresas y giros de mercado y también, de una corrupción cara e ineficiente. Adolfo coleccionaba obras de arte, pinturas y esculturas que llevaba como trofeos en sus viajes de regreso por el mundo. También mantenía en su portafolio mezclados con sus papeles de trabajo, la foto de Dadá. La hermosa muchacha, delgada con piernas llamativamente derechas, rodillas suaves y muslos que asomaban de su falda corta abierta en los costados, se unía armoniosamente a sus pechos perfectos, insinuantes, que asomaban de su blusa blanca desprendida intencionalmente amenazando salir en búsqueda de una libertad deseada. Podría ser sin duda, la modelo de Boucher que en nada envidiaría, la

belleza de esa Diana saliendo de los baños y desatando la sensualidad de cualquier admirador de lo perfecto. Los cabellos negros armonizaban con ojos de brillo adamantino, como si fuese una adaptación de una pintura de Cullinan, con los trazos firmes de Botticelli. Ella se retiró presurosa a su banqueta mientras el hombre de negocios peinaba ante un espejo imaginario su cabello encanecido acomodando también su camisa y corbata. Luego; retiró del porta equipaje un maletín negro de cuero y se sentó colocando el cinturón de seguridad. Todo esto, sin dejar de mirar la bella mujer que desde su asiento de control lanzaba sonrisas y gestos cómplices a su nueva conquista aérea. Podía imaginarla como si fuese el mismo Correggio, al pintar una Eva, parada con su rostro perdida en una cálida expresión del deseo y cubriendo con su mano derecha su mágico pubis, mientras su mano izquierda agitaba una rosa de color furioso con unos pétalos cayendo suavemente delineando sus piernas apretadas como señal de un pudor olvidado. El aterrizaje fué sin inconveniente. El enorme pájaro alado se posó suavemente correteando luego sobre la pista hasta la entrada de la playa de desembarco rugiendo sus motores para frenar su velocidad. Pasajeros distendidos soltaron sus cinturones y apresuradamente unos y lentamente otros, comenzaron sus preparativos mientras el comandante pedía en voz cansina que no se olvidaran los objetos personales y no prendieran sus celulares hasta que él lo autorizara. Los pasajeros se levantaron y haciendo gala de alegría se despidieron mientras caminaban hacia la puerta de salida. El hombre de negocios, saludó a la azafata que agradecía a cada pasajero y acercándose, en voz baja, susurró que le llamaría a las 23 hs para el encuentro pactado. Ella sonrió agradecida asegurando implícitamente su concurrencia. El hombre bajó; caminó apresuradamente por los pasillos tubulares exultante conectando su celular para avisar su regreso. Seguramente a quién lo esperaba en los salones del aeropuerto. Sus llamados se repetían una y otra vez acompañado de gesticulaciones que traducían órdenes y preguntas a sus colaboradores habitualmente sentados en sus espaciosas oficinas de la empresa en Buenos Aires. Mientras esperaba sus valijas tuvo dos o tres encuentros con hombres de seguridad a los que trataba despectivamente y peor aún con el maletero que se ofrecía a llevar su carro de equipaje < Negros de mierda> repetía disgustado. No sabía si era por las noticias que recibía del celular o por su habitual desprecio hacia la gente trabajadora que se comportaba más agresivamente, de cualquier manera sentía por ellos una profunda repulsión. Lo esperaba su chofer, quién atento a su llegada y el cruce de la puerta de control acudió a tomar las valijas del carro saludándolo y entregando algunos papeles que alguien enviaba con carácter de urgente. Ambos cruzaron los espaciosos salones hasta llegar al automóvil estacionado. Subieron y el hombre exitoso le ordenó que prendiera las luces de atrás para poder leer la documentación mientras el vehículo se dirigía a su domicilio en Recoleta. Las carpetas preocupaban por la forma de leerlos sumados a insultos que lanzaba en voz alta. Así lo demostraban sus gestos y actitudes. Se detuvo en uno especialmente donde lo conminaban a un pago millonario de inmediato. Estalló. El documento era escueto y cortante: Al Sr. Presidente de Compañía Metall S.A, Adolfo Millamás Tod Su despacho: Cumpló en informarle que tiene veinticuatro horas para cancelar deuda de un millón de dólares, de lo contrario estaremos obligados a....etc. etc. No era una carta. Era una sentencia anticipada. Adolfo no admitía nunca las amenazas, su vida había transitado permanentemente en los ámbitos peligrosos de finanzas turbias por estar relacionado estrechamente en el manejo de lavado de dinero; sus presentaciones en la Justicia por acusaciones de defraudación y estafa lo habían obligado a perjurar con tanta naturalidad que al final de sus sobreseimientos quedaba convencido que la mentira, en realidad era verdad absoluta. Sus colaboradores; contribuían a afianzar ese estado de impunidad con que se manejaba apoyando su postura, por considerar que para él la única ley es su propia voluntad. Llevaba su veneno en la punta de su lengua, como si fuese la flecha mortal disparadas por cerbatanas de tribus que había visitado en Brasil; de los Matis, Marubos, Kanamaris, Yanomanis, Korubos y Javaríes. Estaba dispuesto a cualquier pacto con tal de evitar un ostracismo que detestaba. Adolfo leía y releía la nota esperando encontrar alguna explicación lógica. Hacía una semana que había viajado a San Pablo a solucionar también problemas financieros; pero el monto de esta deuda y la forma como le solicitaban su pago, lo sacó de sus casillas. Su chofer, acostumbrado al maltrato y a los insultos de su jefe, manejaba con suavidad pero velozmente para llevar a este hombre desencajado a su domicilio lo más rápido posible. Adolfo miraba

por la ventanilla la noche de Buenos Aires con un gesto adusto maldiciendo a transeúntes y vehículos. Todo era para él basura y más ahora que los inútiles de sus gerentes habían puesto en peligro de muerte económica su compañía financiera que tanto le había costado montar. < Imbéciles....Inútiles > repetía una y otra vez, < La puta madre que los parió >, completaba cada vez que su imaginación traía a su mente el rostro de sus colaboradores a quienes le hubiese gustado verlos ahora e incrustados en las rocas de Abu Simbel para siempre. Adolfo era un hombre sano; deportista, orgulloso y altivo. Hombre de pocas palabras y vengativo. Rencoroso y omnipotente. Había heredado una compañía financiera con pocos activos para transformarla en la central de apoyo a sus empresas textiles y alimenticias que mantenía en provincia de Buenos Aires y en los suburbios de San Pablo y Teresina; ambas, cercanas a los Parques Industriales. Autodidacta; había construido su imperio en base al esfuerzo y también a la trampa. Comprando pequeñas empresas en quiebra y ajustando los números para extorsionar los dueños morosos a quienes había a su vez dado créditos antes, con altísimas tasas de interés, logrando que en corto plazo no pudiesen honrar sus deudas y de este modo, arreglar la venta de sus empresas con su compañía financiera que mantenía una fachada de legalidad hacia afuera, pero que decididamente también servía para el lavado de dinero. Había conformado un equipo de trabajo ágil y prácticamente con sus oficinas en aviones, donde trabajaban cruzando los océanos. Habían logrado establecer cuentas bancarias en los paraísos fiscales de Andorra, enclavada en los Pirineos, lugar donde les fué más fácil establecer residencia falsa con la concurrencia de solo dos nativos y un domicilio inexistente. Era una cuenta de acceso rápido y siempre dispuesta para sus clientes especiales. Las otras cuentas bancarias que manejaba fluidamente, estaban en la Bahamas que a pesar de estar al sur este de Florida, estaba bajo la tutela del Commonwealth Británico. Los ingleses, veían en cada isla, un banco de lavado de dinero, no por casualidad, las Islas Caimán; las Islas Vírgenes y la Isla de Jersey que están bajo su tutela, albergan bancos especializados en lavado de dinero. Lo curioso para Adolfo fué cuando viajó a Islas Caimán y se enteró, que de cada 500 habitantes: había un banco. A pesar de esta variada oferta de alternativas para depósitos mal habidos; él, había ordenado el cierre de sus cuentas, en otras islas por falta de garantías de secreto bancario; como en Islas de Turks y Caicos; la isla de Man y la isla de Guernesey. Su clientela merecía atenciones especiales y él, mantenía una sola cuenta personal solamente bajo su firma; funcionaba en Seychelles; un estado insular del Océano Índico, a 650 km. de Madagascar. Adolfo estaba acostumbrado al mundo de opulencia y manejos sin límites. Vida ostentosa; mujeres caras, bebidas y viajes. El manejo de las inversiones y las decisiones económicas las mantenía férreamente bajo su control. Sus colaboradores solo debían aplicar sus órdenes; por eso, no comprendía la deuda millonaria y menos aún, el plazo que le daban para cancelarla; por otra parte imposible de cumplir.

IV

La sorpresa

Hacía solo dos días que el escándalo de los sobornos de IBM, en Argentina ocupaban las primeras planas de los diarios involucrando al CITIBANK de Nueva York en giros para sobornos por una licitación del Ministerio de Economía involucrando también movimientos con Federal Bank Ltd., por un millón de dólares. Hasta los números de cuenta 3601 y 7146 del CITIBANK de Nueva York, estaban en los medios. El escándalo se había desatado. Adolfo había tenido una participación indirecta en el manejo de esos fondos, pero no recordaba haber cometido errores luego de haber cobrado su comisión oportunamente; repasó mentalmente sus movimientos bancarios en los últimos seis meses y certificó los giros a sus cuentas en los paraísos fiscales. No encontró fallas que justificaran tamaña deuda.

El automóvil esperó que abrieran el portón de hierro y avanzó prolijamente hacia la residencia, iluminada en sus jardines y algunas de ventanas de la planta baja con luz encendida. El primer piso estaba en oscuridad. Bajó insultando su chofer, al tiempo y al mundo. El humor era más agrio y violento que de costumbre. Entró a su casa pateando la puerta dejando su maletín se quitó el saco y fué directamente a su escritorio, sirviéndose un vaso doble de Whisky, levantó el tubo de teléfono, marcó ocho números y esperó que alguien contestara. Atendió una mujer. Los gritos de Adolfo retumbaban en las paredes finamente decoradas; primero insultó a la mujer de su gerente general, que fué quién dijo solo hola hasta hacerla llorar. Luego pidió a gritos que llamara al marido, a quién no dejó hablar ni explicar cuando respondió tímidamente. Le manifestó haber recibido la carta donde le daban 24 hs para pagar dos millones de dólares. Gritándole, le pidió explicaciones sobre esa deuda; los montos y los responsables. Lo citó a las 7 de la mañana en la empresa y ordenó llevar a todos los empleados que hubiesen intervenido en giros bancarios en los últimos treinta días; con documentación en mano, < me importa un carajo la hora> Cortó sin darle tiempo a nada. Estaba furioso, bebía y fumaba con ansiedad.

Se recostó en el sillón de cuero aflojándose la camisa y los zapatos, antes llenó su vaso de bebida; tenía una rara sensación en todo su cuerpo, parecía que el aire estaba defectuoso; escaso, impuro y su piel se había tornado rubicunda. Sus ojos destellaban una furia interna digna de su protervia. Su esposa, acostumbrada a esas escenas, permanecía silenciosa observándolo. Estaba bajo el marco de la puerta mirándolo, cubierta con su bata de seda blanca. < !Adolfo...no sabía que llegabas hoy !> le dijo suavemente demostrando sorpresa contestó gritándole Adolfo. Ella no hizo comentario; trataba de calmarlo. Sugirió temerosa. y retomó el vaso casi vacío volviendo su rostro hacia el cuadro gigante colgado en la pared que reproducía el cielo y el mar de Etretat ; pintado por Monet. Pensaba, mirando las olas furiosas y las nubes descolgando tormentas, pintadas con un realismo inusitado. Hasta podría mojarme de tanto ver esa pintura pensó, pasando la mano por su camisa húmeda. Bebió una botella entera. Recién en la madrugada el alcohol terminó con su vigilia forzada, y en ese sillón quedó incrustado gesticulando y delirando palabras e insultos. Sus sueños no escapaban a su estructura perversa; soñaba que estaba en una ciudad desnuda, deshabitada, con sus calles bañadas de sangre que corría sin cesar en las banquetas, mientras que de las ventanas de edificios negros, descolgaban cuchillos acerados y manchados de color púrpura. Se veía degollando animales domésticos con su camisa ensangrentada, raída, fosforescente y en su rostro desencajado nacían alimañas de todos sus orificios, que le producían dolor y una rabia cerrada, pérfida y sucia. A las seis de la mañana despertó como era su costumbre. La cabeza reventaba; latía, una oleada de náusea lo invadió y vomitó. Se dió cuenta que había sido un sueño, estaba en su escritorio, transpirado, húmedo, borracho y amargado. Se levantó y fué al baño de servicio dejando su ropa en el camino. La ducha de agua que caía generosa sobre su cabeza, comenzó su tarea aflojando su musculatura, quitando el sudor pegajoso del alcohol. Una y otra vez se jabonó, se lavó los dientes bajo la lluvia y dejó que esta patinara sobre su cuerpo en cascada. En quince minutos de agua caliente su estado había mejorado. Cerró la canilla y con el toallón, se secó sin apresurarse tratando de repasar su situación. Era grave. Indudablemente que sí.

No era el mejor momento para retomar contactos políticos que siempre utilizaba; todos se esconderían. Los sobornos de IBM estaban presagiando sombras en muchas áreas del Gobierno. Los más involucrados estaban en Ezeiza, tratando de escapar antes que las órdenes judiciales llegasen dijo en voz alta para después dejar que un rosario de insultos retomasen como objetivo sus gerentes. Fue desnudo hasta su habitación; entró sin cuidado; total, su esposa tomaba hipnóticos y dormía hasta el mediodía. Sacó su ropa se vistió luego de afeitarse. Bajó las escaleras hacia la cocina y ordenó su café negro, mientras regresaba al escritorio desordenado, abandonado con vasos, botellas y colillas de cigarrillos. Abrió la ventana; el fresco de la mañana golpeó su rostro. Inhaló profundamente aire puro y comenzó a colocar papeles en su portafolio de cuero negro. Prendió la radio para tener las noticias frescas de la mañana. Las informaciones como era de esperar se iniciaban con el escándalo IBM: "La Compañía Americana amenaza con irse del país por acoso legal" pensó. El viaje de un Juez Argentino y un fiscal a Nueva York obedecía a

que presentarían el caso de soborno ante fiscales Americanos justo en el momento en que los directivos de IBM en Argentina encabezado por Gueicamburu, se reunían con Menem y su súper ministro Cavallo en la casa de Gobierno. Las investigaciones de empresas off Shore en Uruguay y el seguimiento de cuentas en Suiza comenzaban a conmocionar el ámbito empresarial. Aldaco, (ex Director del Banco Nación) y su esposa reconocieron haber recibido tres millones de dólares...ect" ; más adelante el informativo se ocupaba ahora de Adolfo : "Sobre la crisis económica de la empresa Metall SA; informamos que se espera en la mañana de hoy - pensó Adolfo,... - el arribo de su Presidente Adolfo Millamás Tod, quién desde San Pablo estaría arribando al mediodía para enfrentar otro escándalo financiero...etc.". Adolfo tiró el cenicero contra la pared mientras gritaba.

El automóvil, paró frente a la empresa, ya estaban los periodistas casa noticias de la mañana con sus cámaras listas. Adolfo bajó con violencia y apartó a los representantes de la prensa repitiendo una y otra vez < No haré declaraciones > detestaba la prensa y siempre había logrado mantenerse en un segundo plano, esta vez tuvo que patear cables para subir los primeros escalones abriendo la puerta de vidrio y avanzando raudamente por los pasillos. La prensa fue contenida por la guardia de seguridad empujando los vidrios blindados de la puerta de entrada. Se escuchaban las preguntas..., en la medida que avanzaba las preguntas tenían cada vez menos intensidad. El ascensor liberó a Adolfo de los periodistas. Retomando la calma, encendió un cigarrillo fumando hasta el piso doce, en donde estaba la presidencia de Metall SA. Adolfo había estado en San Pablo con su amigo Alberto Misan, brasilero que dirigía el Departamento de Banca Privada del CITIBANK en México ; Adolfo estaba enterado no solo del escándalo, sino también de los montos dados como sobornos a funcionarios del Banco Nación Argentina Un mes antes, Alberto le había recordado cuando estaba bajo sospecha por los movimientos bancarios de Raúl Salinas; hermano del Presidente Mexicano Salinas Gortari ; estaba implicado en causas de corrupción escandalosa y en tráfico de influencias. Comentaba en un bar de San Telmo a Millamás, bajo las sombras frescas de los Tilos. < !Pero todo se arregla amigo !...> contestó Adolfo seguro de tranquilizarlo<.todos tienen su precio Alberto> completaba Adolfo mientras encendía un cigarrillo. Le había contestado en esa oportunidad preocupado Alberto y Adolfo repasaba cuidadosamente cada detalle de esa conversación mientras el ascensor ascendía. Cuando llegó al piso doce, su cigarrillo estaba consumido. Lo apagó en el suelo y salió caminando por el pasillo central hasta el escritorio de su secretaria a quién saludó con un gesto despectivo como era su costumbre, le ordenó un café doble y una aspirina y le avisó que llegaría el personal superior de contaduría junto con su Gerente General a las 7 de la mañana.

< Cuando lleguen los haces pasar> ordenó; < Escuchó la radio...Sr. Presidente?> preguntó tímidamente Ana - su secretaria -respondió despectivamente haciéndole señas que se retirara del despacho a cumplir con sus indicaciones. Ella obedeció. Dejó el café y cerró la puerta silenciosamente. Pensó Ana al salir que no son las palabras las que a veces la hieren. También los gestos y caras que acompañan las agresiones que ella soportaba

Una mirada lasciva, una mirada de desprecio, una mirada de burla; cualquiera de ellas, eran asumida como normal y rutinaria. Es más; solía asustarse si por algún motivo tenía un gesto amable o un detalle gentil espontáneo La sorprendía en su trabajo; nunca fuera de él. Estaba acostumbrada a ser agredida, y vejada, el tiempo transcurrido a su lado aunque sea por motivos laborales la había convertido en un dócil basurero de frustraciones ajenas o en un paño absorbente de malas palabras y descalificaciones. Ella lo había asimilado como natural y siempre buscaba excusas para justificarlo. En realidad; ella lo amaba sin saberlo, pero había entrado en un peligroso juego perverso sin quererlo. Todos los consejos y las palabras de sus compañeros, no le hacían mella pensaba cuando quedaba sola lagrimeando y soñaba nuevamente con un encuentro limpio y puro rescatando el romanticismo infantil de los poetas heridos cuando sucumben ante la belleza de las playas. Era una romántica castigada; una mujer sufriente, que había entrado inconscientemente en el mundo de la mujer golpeada aunque nunca había recibido importantes traumas físicos. Sin embargo, el amor que nace de las entrañas sin voluntad expresa de la conciencia, nubla la mente y enferma el cuerpo. Su alma estaba regada de cicatrices invisibles. Pero requería del dolor, como

sensación de vida. Ella estaba ausente mirando sobre su escritorio dos nenúfares flotando en una gigantesca copa de vidrio. Contrastaba la belleza del color, con la cristalina gota de lágrimas que nacían en la raíz misma de sus ojos.

V

Escape

Adolfo había verificado prolijamente la situación económica de su empresa en pocas horas de lucidez que aparecía cuando su odio menguaba. No había fallas en la documentación que registraban el movimiento financiero de los últimos seis meses. Sin indicios de créditos o transferencias desde que su financiera se hiciera cargo con los activos; tampoco, vencimientos que justificasen pedidos de pago por esa cifra millonaria. Sus contactos políticos siempre habían dado resultados positivos para disimular operaciones dudosas para la DGI. .pensó. Exactamente a las siete de la mañana, la secretaria por su intercomunicador le anunció la llegada del Gerente con seis contadores responsables de distintas áreas administrativas. Ana le habló respetuosamente, dirigiéndose protocolarmente simulando su temor; Adolfo, como era habitual cuando se encontraba en situaciones conflictivas, la insultó y ordenó que los hiciera pasar mientras bebía el último sorbo de brandy y apagaba el cigarrillo.

Patricio el gerente General, era un hombre de unos sesenta años, de mirada indefinida destinada a la obediencia, lo había reclutado de una empresa pública privatizada por Menem en sus épocas esplendorosas de entrega; tenía en su currículo un historial que no ofrecía flancos débiles. Ocupaba el cargo hacía ya quince años y tenía un buen pasar. Nunca le fué retaceado aumentos salariales y su puesto era codiciado por varios de sus segundos colaboradores a quienes manejaba con respeto pero con profundo autoritarismo. Su presencia con las carpetas en el brazo derecho y los seis contadores que permanecían parados y asustados, semejaban las frías columnas de Delfos. No se animaban a verter ni siquiera, el saludo protocolar. Sabían que el faltante millonario no tenía explicación alguna y menos aún en los balances paralelos de uso interno.

Adolfo ordenó acercar las sillas e instalarse en rueda alrededor de su escritorio. Su gesto era adusto y enérgico

< Y bien imbécil...a ver como justificas los dos millones!> dijo Adolfo mirando al Gerente, esperando que en esos papeles esté la repuesta y por supuesto la solución; Patricio; cohibido, trató de mantener una calma forzada y comenzó su explicación <Sr.> dijo colocando carpetas en el centro del escritorio para que Adolfo revisara. Sabía que esa repuesta sería el detonante de una situación explosiva y peor aún, consideraba que su carrera y la de esos contadores, estaban condenadas seguramente al despido masivo. Patricio tenía un tic que se manifestaba más en los momentos de estrés. Su ceja y el párpado derecho se abrían y cerraban con una frecuencia exagerada, provocando muchas veces la necesidad de alejarse de lugares y reuniones ejecutivas, hasta que se calmaban los movimientos incordinados. Patricio solo atinó esta vez, a colocar su mano derecha sobre el párpado para disimular su nerviosismo y ocultar un estado que lo convertía en un ser vulnerable y frágil. Sus manos húmedas jugueteaban.

Los contadores pusieron también sus carpetas en el borde del escritorio y nuevamente se sentaron sin decir una palabra. El clima era tenso y ellos observaban atentamente una mutación en el rostro de Adolfo. Tomaba su piel un color rojizo, encendidamente peligroso, los rasgos se marcaban produciendo pliegues y surcos en el entrecejo, los ojos cobraban un brillo maligno irradiando una sensación de odio; sus manos se crispaban y la voz adquiría las típicas vocalizaciones marciales. La secretaria asomó tímidamente desde el marco de la puerta preguntando si querían café o agua. Adolfo le tiró el cenicero y comenzó a gritar a su audiencia una serie de improperios mientras su brazo derecho tiraba a la cara del gerente la

documentación presentada < !Que no tiene explicación tarado! > < Me crees oligofrénico ?> gritaba Adolfo mirando ahora a cada uno de los contadores fijamente. Patricio retomó la palabra para decirle que había revisado las cuentas secretas y los giros a los paraísos fiscales y que tal vez allí, pudiesen encontrar alguna falla, pero carecían de documentación para confirmarla. < ! Que no puedes decirme! > < !Pero te das cuenta lo que estás afirmando ?> < Sos el gerente General y no sabes aún en donde están los millones de dólares ? > < Revisaste la partidas de las coimas. ¿Buscaste los giros a las empresas fantasmas? < Sí..! > Contestaba tibiamente Patricio < Y la guita que pagamos para que esas cláusulas no existen ?...en donde están imbécil! > contestó Adolfo furioso sacado ya de su equilibrio forzado. No sabía que Contestar Patricio tratando de calmar a su jefe. Continuó Adolfo.

< Les mostrarás las cuentas secretas..... Inútil?> < No se te ocurre pensar que los plazos están agotados ? > Adolfo se levantó, avanzó hacia el escritorio tirándole una trompada. Patricio esquivó el golpe cayendo de la silla. < Les doy cuatro horas para que me traigan al ladrón...solo cuatro horas...me entienden?> Y los echó del escritorio. Patricio se levantó en silencio, juntó sus papeles y salió junto a sus seis absortos contadores mientras Adolfo los insultaba < !Y si en cuatro horas no me traen la solución me presentan la renuncia... !> pedía tirándoles los objetos que estaban encima del escritorio, que no eran pocos. Sintió un dolor en el pecho, una opresión que aumentaba progresivamente y un sudor frío en todo el cuerpo. Su brazo izquierdo se adormecía y en su cuello una sensación extraña lo invadía. Se colocó una tableta sublingual que el cardiólogo le había recetado y se sentó en su sillón con dificultad. Tenía sed, pero también dolor. Alcanzó a tomar agua mineral de la botella y secó su frente con el pañuelo quedándose quieto hasta que el dolor fué desapareciendo. Ya repuesto, buscó el teléfono de la azafata y marcó el número < como dices? > < Está bién, vos haces las reservas, hasta luego > Corta, suspira y queda mirando la ventana.

Su mundo exitoso comenzaba a derrumbarse la desesperación le invadió, nuevamente se colocó otra tableta sublingual del vasodilatador coronario, sintió un calor placentero; llenó el vaso de Whisky y por el intercomunicador ordenó a su secretaria, "que no estaba para nadie", mientras encendía nuevamente su computadora. En ese momento se le cruzó por su mente su ex amigo Marcelo Cattáneo, encontrado muerto; ahorcado con una soga de nylon en un poste de luz, en un terreno baldío cerca de la Ciudad Universitaria. Era el único testigo vivo para develar la trama de los sobornos de IBM; un frío recorrió su espalda; sabía cuál era el mensaje de la mafia a pesar que algunos lo interpretaban como de arrepentimiento. Ingresó con su código a las cuentas secretas archivadas, repaso una a una; empresarios, fiscales, jueces, senadores, diputados, partidos políticos y transferencias que él ordenaba personalmente. Nada, no se registraban faltantes. Hacia el mediodía, mientras esperaba comunicación con sus agentes en el exterior y trataba de buscar sus contactos con el Cartel de Medellín para pedir una prórroga; observó por la ventana que daba a la calle, el arribo de tres patrulleros de policía y un auto negro del cual bajaron velozmente cuatro hombres trajeados portando portafolios negros dirigiéndose a la puerta principal de la Empresa

<! Lo sabía dijo!..< ! La puta madre!> Llamó a su secretaria por el intercomunicador y la previno La cana le dijo; Ana sin saber en realidad que pasaba estaba paralizada. Adolfo quitó rápidamente el disco rígido de su computadora; abrió su cajón secreto del escritorio y sacó la llave de emergencia. Retiró documentos personales, los colocó en su portafolios y con la llave abrió una pequeña caja disimulada en la biblioteca, pulsó el botón rojo que asomó inmediatamente abierta y la biblioteca comenzó a correrse con suavidad y silenciosamente. Una abertura de su tamaño se descubría en la medida que la biblioteca se deslizaba. Esta salida de emergencia la había hecho construir especialmente para casos extremos, por suerte, el mecanismo eléctrico había funcionado a la perfección. Una sola vez la había utilizado. Fué cuando escapó de la persecución de su esposa armada de un trinchete, que lo perseguía para matarlo Tomó el maletín, guardó en el bolsillo del saco el disco rígido y por un pequeño pasillo caminó unos veinte metros hasta un ascensor construido solo para una persona. Entró, pulsó la botonera a planta baja y corroboró cuando la biblioteca regresaba automáticamente a su lugar oscureciendo el pasillo. Tenía que pensar rápidamente.

Los acontecimientos se habían desencadenado con más rapidez que lo previsto. La policía y la DGI estaban atrás suyo; ahora faltaba saber cuan cerca de él estaba la mafia. Al llegar a planta baja, tuvo otra idea; pulsó el botón del sexto piso y el ascensor comenzó a subir nuevamente. Ese piso era de Patricio; su Gerente General, se dirigió allí.

El subsuelo estaba camuflado con una salida de emergencia oculta en un galpón que daba al baldío pegado al edificio de su empresa. Allí tenía un auto estacionado con patente de otro estado y documentación adulterada. El portón del baldío se abría automáticamente pulsando el control remoto. Adolfo subió al coche, colocó su maletín y los papeles extraídos a su Gerente General; acomodó su corbata, trató de alisar su saco. Notó en su camisa una mancha importante de sangre. La sangre roja y aún caliente del Gerente General, delataba su paso por el sexto piso. Se bajó sin sorprenderse, limpió con agua y un pañuelo mojado en la canilla del regador. Abrió el portón y salió por una calle lateral en forma pausada, tratando de no despertar interés en peatones o automovilistas.

Había logrado burlar la policía. Corroboró la hora y combustible del tanque de nafta. Eran las 15 hs, el tanque estaba lleno. La reserva en el hotel estaba pedida a nombre de la azafata, de manera que no podrían localizarlo y esperaría para entrar en él a las 21 hs. De manera que tendría que cubrir las seis horas faltantes en las calles de Buenos Aires. Enfiló hacia San Telmo. Allí seguramente estaría saturado de turistas y podría entrar a un bar a tomar algo y comer sin que nadie note su presencia. Por primera vez en el día, sentía hambre. Estaba temeroso y confuso. Tenía que ordenar sus pensamientos, organizar seis horas libres y programar su futuro. Prendió un cigarrillo mientras manejaba y encendió la radio. Los informativos se ocupaban del soborno de IBM; Cattáneo, había sido encontrado con anteojos de sol, equipo de gimnasia y zapatillas de tenis rojas. Curiosamente, esta ropa no había sido identificada como propia por su familia. Sí su calzoncillo. Era lo único que realmente le pertenecía. Adolfo, se sorprendió. Las noticias estaban en todos los medios y los periodistas trataban de hablar con la familia para investigar en donde compraba los calzoncillos (?) y que sentían (?) ante la muerte por ahorcamiento. Finalmente, al cierre casi de la edición, un movilero de la radio desde la empresa Metall transmitía acompañado de la Policía "...entonces, la Policía Federal allanó las oficinas del empresario Adolfo Millamás Tod, quien huyó misteriosamente del edificio con documentación importante y la base de datos de sus computadoras. Lo curioso es que en el sexto piso de la empresa, el Gerente General se lo encontró muerto con un balazo en su cabeza. El escritorio absolutamente desordenado y faltaba el disco rígido de la computadora personal.

Se investiga la causa de su muerte así como también la documentación hallada.....". Apagó la radio; estacionó en la orilla y encendió un cigarrillo. Se colocó otra tableta sublingual. Tenía dolor en el pecho, estaba pálido y nuevamente sudaba. Recordó que el disco rígido del Gerente no estaba en su bolsillo derecho; sí, el de él. Lo sacó, y lo colocó en su maletín. < ! La puta madre que lo parió! > gritó adentro del auto golpeando el volante. El tráfico estaba restablecido, el semáforo verde permitió que la columna de automóviles avanzara, Adolfo salió de la orilla y se dirigió a San Telmo. En una esquina paró nuevamente se quitó el saco y la corbata. La camisa seguía manchada con sangre, el puño derecho estaba ensangrentado.

Abrió la puerta del baúl y retiró un rompe viento blanco de gimnasia que siempre llevaba en sus caminatas, se introdujo en el auto, se quitó la camisa. La campera con cierre alto no necesitaba camisa; la hizo un bollo y se dirigió a la esquina de los Tilos, donde estacionó. Siempre había sido su lugar preferido. Los turistas estaban por todas partes, él necesitaba mezclarse con la gente, perderse en esa marea humana. Bajó y entró a la confitería, buscó una mesa solitaria en la penumbra, pidió un tostado con un café negro. Miró su reloj. Eran las 19 hs. Faltaban dos horas para entrar al hotel. A dos mesas de él, dos mujeres jóvenes le miraban, insinuando una sonrisa e una invitación. No estaba dispuesto a juegos.- Tampoco-de-humor. En ese momento tuvo la sensación de haber encontrado una explicación. Él había triangulado una operación de 37 millones de dólares justamente en el caso de IBM, con la empresa fantasma CCR que le había encomendado el resguardo de ese dinero. Esa empresa había sido inventada

para los depósitos que necesitaban en los sobornos, pero él recordaba perfectamente que luego de cobrar su jugosa comisión, había dado personalmente las órdenes para las transferencias. Era la última operación grande donde se justificaban manejos de importantes sumas. Después de esto, él había viajado a San Pablo y Patricio tenía que realizar el depósito final.

<Maldito-parásito-allí-me-afané!>.

Alfredo Aldaco y Genaro Contartese habían admitido cuentas secretas con dineros para los sobornos; el responsable era Marcelo Cattáneo, hermano del fundador de Consad, la empresa fantasma CCR. Pensó que desde allí, podrían venir las amenazas y la demanda judicial.

< Pero como sacaron los millones de dólares?> se preguntó Adolfo. Terminó de comer y tomar una vuelta doble de café negro y un vaso de Whisky doble. Nadie lo tomaba en cuenta, era un turista más entre los cientos que desfilaban hablando distintos idiomas y escuchando al guía que contaba una y otra vez las historias de San Telmo. Trató de dar la espalda a los fogonazos de flash de las cámaras de fotos de turistas entusiasmados. Temía quedar en alguna foto en forma comprometedor. Repasó también sus últimos años de éxito empresarial y se encontró solo, absolutamente solo.

Había hecho ganar mucho dinero a empresarios y políticos; pero si acudía ahora para pedirles reciprocidad, seguramente lo delatarían a la policía. Ya no solo era un caso de defraudación y malversación, delitos que no le incomodaban porque en realidad era lo que él hacía y el castigo era desde el punto de vista penal leve. El problema era más grave por dos motivos. La mafia estaba tras suyo por los dos millones de dólares; en segundo lugar, el agregado de una muerte complicaba su futuro. Poco le interesaba su familia y menos aún sus amistades. Los detestaba y todo se convertía en algo banal. Quienes lo rodeaban, siempre buscaron como entrar en el negocio y su familia había sido una pantalla que hábilmente explotaba para dar una imàgen de normalidad. Pero lo real en su vida, había sido el juego, los prostíbulos y el dinero fácil logrado por sus contactos en el submundo de la noche y las empresas fantasmas. Revisó su billetera para ver con que efectivo contaba en pesos. Ocho mil. En su portafolio tenía los dólares de su caja fuerte: algo más de diez mil. Con esto podría manejarse porque las tarjetas de créditos no la podrían usar. Sería como dejar huellas cantadas.

Las cortó, borró su firma y las colocó en el portafolio. Había que deshacerse de ellas. Miró nuevamente el reloj, faltaban diez minutos para las nueve de la noche. Era la hora correcta para la entrada al Hotel. Necesitaba un buen baño y pensar con tranquilidad. En ese momento deseó estar en el monasterio de Canigó, que había visitado en su último viaje a Europa. El Monasterio Benedictino era de difícil acceso. Edificado en las cimas de Vernet-les-Bains. Solo montañas de laderas brillantes y limpias custodiaban ese imponente edificio solitario. Pensó que allí podría pasar una temporada si salía del país. Pero la realidad era otra. Estaba en Buenos Aires y a un paso de ingresar al Hotel cinco estrellas, donde le esperaba una mujer y podría descansar y bañarse. Se sintió por primera vez reconfortado.

VI

Ella

Inés desnudó su intimidad. Solo la cubría una bata transparente que le daba misterio a su cuerpo y resaltaba más sus formas. Los senos despuntaban el suave género mientras buscaba los CD de John Lee Hooker. Eligió Women and Money; era su preferido para estos encuentros que le reportaban un salario extra, cuadruplicando sus ingresos con solo entregarse por horas. En sus comienzos había tenido

remordimientos y hasta una vergüenza desconocida, pero el hábito, había hecho de ella una mujer de cotización digna, altamente recomendable. Sabía cómo tratar a sus clientes y desparramaba su sensualidad envolviendo llevando a su pareja a una excitación des acostumbrada. Ser una puta cara ya no la afligía, temía sí; enamorarse de su cliente. No le resultaba fácil mantener separado el cuerpo de sus sentimientos antes del encuentro, una excitación misteriosa la invadía, independientemente de su negocio.

Con este hombre no había tenido relaciones; era la primera vez que lo enfrentaba y le había atraído ese gesto soberbio del déspota. Después de colocar el CD, destapó la botella de Ron, se sirvió una dosis doble, quería entrar en calor, sentirse liviana y libre. A su vez, quitarse las culpas y evitar remordimientos que a veces la atormentaban Su oficio de azafata le había facilitado conocer mucha gente. Detectaba a quienes lo rodeaba el éxito y el dinero. Adolfo era hoy su presa y estaba dispuesta a cobrar algo más que su tarifa habitual. Tomó un trago largo, se miró en el espejo que estaba en la pared del bargueño y ratificó su belleza. Su cuerpo era firme, modelado y con un cuello delgado. Los hombros delicados se unían a la magia de sus senos que se mostraban simétricos sostenidos por su juventud y ejercicio. La cadera armónica permitía el relleno de sus glúteos y su sexo depilado insinuaba la entrada al mundo del placer. Acarició sus pezones mojándolos con saliva y luego ajustó su bata marcando la cintura. Estaba lista, excitada e invadida del deseo. Recordó que debía hablar por teléfono a su amiga y luego de pedir permiso la llamó Adolfo permanecía en la ducha dejando que el agua caliente cayera por su cabeza y sus hombros mientras relajaba su musculatura tensa de tanta espera; deseaba esa mujer, admiraba su belleza y sabía que este encuentro serviría para tranquilizar su cuerpo, descargar tensiones y satisfacer su sexualidad. Adolfo ordenó que preparase un trago mientras salía de la ducha y se secaba con un toallón perfumado. Miró por la puerta abierta a esa mujer que destellaba su desnudez contra la luz de la lámpara. Era realmente hermosa, su pelo recogido, dejaba que la nuca se mostrara insinuante y sus piernas se desplazaban con la suavidad y agilidad felina. Tardó más en secarse porque no podía dejar de mirarla y admirarla y por unos minutos sus problemas dejaron paso al deseo. Sintió un calor que lo invadía y también que su sangre ocupaba su miembro. Ella advirtió ese gesto animal y se acercó riéndose pero deseosa de tocarlo y acariciarlo. Prefirió besarlo en la boca entregándole el primer sorbo de ron, mientras acariciaba su sexo. Los pezones jugueteaban en el pecho de Adolfo que tomaba un interés especial hacia la hembra que lo provocaba. La llevó al sillón abrazándola y sosteniendo con sus manos los senos que palpitaban; la recostó y lentamente colocó su miembro en la boca tibia de Inés que ahora conseguía entrar en su preferencial terreno: gozar el sexo.

Ella se sentó y le pidió que antes de nada le entregara los quinientos dólares < Primero la plata bebé > dijo despertando la primera reacción violenta de Adolfo <! Puta....reputa! > Gritó y pasó al vestidor tomando su billetera y sacando quinientos dólares se los desparramó en el suelo < Júntalo puta ! > Le dijo mientras se acercaba y acariciaba el cuerpo Inés, que arrodillada, recogía el dinero y se dejaba hacer las caricias complacida. Adolfo la atrapó de sus brazos; la levantó y la besó en su cuello, lamiendo sus orejas y sus pezones mientras la obligaba a dar pasos cortos hacia la cama. Allí se desplomó; abrió las piernas de ella sin pudicia Inés estaba excitada, el contacto con el dinero le provocaba un estremecimiento especial y era la llave de permiso para que su cliente comience hacer de ella su esclava. Adolfo le susurraba palabras groseras en sus oídos, le anunciaba sus actos, le prometía el placer y la sometía sexualmente provocando gemidos y orgasmos Acarició con sus manos los senos y los muslos y luego la dió vuelta quedando ella al arbitrio sus caprichos. Ver y sentir las manos crispadas de Inés sobre la almohada lo excitaba. Inés se confundía con el gozo; ella estaba plena y en ese momento se entregó al hombre que pagaba por su sexo, pero ahora era ella, quién entregaba su orgasmo interminable. Adolfo la dejó gozar y sintió una ebullición en su cuerpo, inundada de una plenitud incontenible y se permitió por primera vez olvidar el pago para entrar en la eternidad de goce. Amó a esa mujer horas enteras conteniendo su eyaculación a voluntad; deseaba que las horas de placer no terminasen y la sensación de excitación no lo dejaba descansar, penetrándola en posiciones distintas, llevó a Inés sobre la banqueta de cuero, ella cabalgó contrayendo

sus muslos humedeciéndose hasta sentir que la sed estaba secando su alma. Seis horas, seis horas de gozo y placer llevaron a Inés y Adolfo a una comunión sexual intensa.

Cayeron extenuados; sometidos por el cansancio de una lucha con cuerpos fusionados para confluir en la relajación del deseo consumado, quedando estirados desnudos boca arriba, jadeando, sudando, sintiendo el aire que les faltaba los abrazaba nuevamente. Tomaron bebida como si fuesen plantas secas; la sed era interminable y sus bocas estaban pastosas y calientes. < Que pasa bebé? > preguntó ella sin mover su cabeza de la almohada. < Pasar qué? > respondió Adolfo. < Estabas tenso y furioso...no eras el mismo del avión > dijo ella comparando ambos Adolfos.

< Son unos hijos de puta...me persiguen...me quieren matar > comentó él sin mover un solo músculo de su rostro < Quienes? > preguntaba Inés intrigada. < La policía y los Narcos > respondió Adolfo levantándose a ducharse. Ella lo siguió, entró en la ducha y prolijamente lavó el cuerpo de Adolfo que está parado, estático con su rostro mirando la regadera de la ducha que elimina litros de agua cálida. Inés pasó el jabón en el cuerpo de Adolfo y atrapaba su miembro para lavarlo y acariciarlo, después, besarlo con ternura en agradecimiento al momento pasado.

< ¿Cuanto vale esto? > preguntó Adolfo con ironía. < Es mi regalo... > dijo ella hincada besándolo sin pudor. No podía disimular su entrega; el dinero con sexo se habían mezclado en una pasión desconocida, sin embargo no podía permitirse cruzar la frontera de la discreción. Adolfo salió del baño, se sirvió otro vaso de bebida y le ofreció a Inés otra copa, mientras cambiaba la música que había quedado olvidada en esa lucha salvaje del amor. Ella se lavó la cabeza, jabonando su cuerpo cansado de tanto esfuerzo y luego salió con su toallón arrollado a su cuerpo, poniendo distancia de lo pasado, como si quisiera esconder su pudor desnudo ante el hombre soberbio que la miraba con desprecio. Para él, ella solo eran quinientos dólares y muy bien gastados. Inés se vistió silenciosamente, peinando su cabellera negra reluciente por el agua y comenzó la ceremonia de los arreglos de mujeres, que cuidan el detalle más que el confort. Inés se fue luego de besar a un Adolfo cansado, desparramado encima de esa cama gigante, que los hoteles colocan para despertar las fantasías de los huéspedes. Adolfo quedó solo, mirando sin ver y bebiendo Ron; fumando y dejando que el humo se eleve hacia el techo en caprichosas nubes blancas. Ahora es la música de Anton Bruckner que lo acompaña; la sinfonía N 4 .Su favorita. Repasó su situación y comenzó a priorizar sus pasos. Necesitaba ropa. No podía comprarla porque salir era exponerse; las tarjetas inutilizadas, lo obligaba a cuidar los dólares que pudo sacar de su caja fuerte. Tendría que conseguirla en ese hotel. Simultáneamente las risas de una pareja bajando del ascensor le llamaron la atención, se levantó y en la puerta por la mirilla vio una pareja acaramelada tratando de abrir la puerta de una habitación al frente de la suya. El tamaño del hombre inmediatamente le sugirió que ese era el lugar indicado para aprovisionarse de ropa. Las dos valijas que llevaban eran indudablemente, una de cada uno. Tenía solucionado su vestimenta, entraría a esa habitación antes de abandonar el hotel. Ahora necesitaba encontrar la forma de salir del País con documentación falsa o por pasadizos controlados por el submundo. De lo contrario; debería perderse en los suburbios de Buenos Aires por un largo tiempo.

Prendió un cigarrillo, tomó oro vaso de Ron y se recostó pensando en Inés. Era una mujer que había sabido complementar sus salvajes instintos animales; sus manos aún tenían el recuerdo de sus caderas. Se durmió sin darse cuenta y el cigarrillo quedó pendiente de sus labios. Las cenizas cayeron sobre su pecho apagadas, sin producirle molestia alguna. Estaba realmente extenuado. Soñó con Metaponto y las mesas palatinas, en el templo de Hera yacía Inés, desparramada sobre un terciopelo rojo; desnuda, exuberante como si fuese una maja desafiante, pero esta vez en un lecho fúnebre. Tenía en sus órbitas dos cruces negras y un ojo abierto de mirada desconfiada incorporado al pubis, cuyo vello insinuaba la confluencia de sus muslos espinados y sangrantes. En sus dos manos, ramos de amapolas con sus sépalos caedizos y cuatro pétalos rojos mezclados con amarantos. De sus muñecas heridas por el filoso puñal del amor, resbalan gotas de miel, viscosas y brillantes. Adolfo sudaba en la inconsciencia del sueño que presagiaba tragedia. Sin embargo no despertaba

VII

El baúl

La indumentaria robada de la habitación contigua, era un poco más estrecha que la propia. Sin embargo, los colores y el estilo, se distanciaban de su gusto clásico habitual. Por primera vez, había entrado en un cuarto ajeno y como el ladrón primerizo, atropellaba los pocos muebles de esa habitación inundado por los miedos. Tomó del placar, solo lo necesario deseoso de salir cuanto antes de ese recinto. En un momento dudó de apropiarse del dinero colocado en el fondo de la valija. Prefirió olvidarse de él y se retiró sigilosamente. No se consideraba un ratero, aun cuando su especialidad era apropiarse del dinero ajeno pero en operaciones financieras nunca, en asaltos vulgares. Vagaba con su nuevo atuendo en su vehículo por las calles de Buenos Aires; con anteojos negros, cabello teñido y corto. Los noticieros lo daban como prófugo y cada periodista agregaba a la noticia original sus propias conclusiones, haciendo gala de una fantasía irresponsable...

Estaba condenado, antes de ser juzgado. Lo sabía. Así eran las reglas de este juego; los relatos de los movileros en sus transmisiones directas desde su propia casa o su oficina, llegaron a darle gracia; la capacidad para incorporar notas absolutamente absurdas, como la de entrevistar una ciega para que relate como vio la salida presurosa del empresario, colmó su paciencia, obligándolo a cambiar el canal. Fue cuando advirtió que un vehículo lo seguía a pocos metros. Por el espejo retrovisor comenzó a estudiar los movimientos del Ford ocupado por cuatro hombres. No impresionaban como policías, lo que naturalmente era peor. Pensó. Un frío atravesó su columna y el corazón desató una salva de latidos. Tomó por calles laterales, avenidas y paró en dos oportunidades. El vehículo imitaba sus acciones. Decidió encarar la autopista a la ciudad de La Plata. El Ford acompañó su itinerario hasta que dos motos de gran cilindrada se pusieron a su lado apuntándolo con dos escopetas recortadas y haciéndole señas para que se estacione en la orilla de la ruta. Los conductores mantenían sus cascos negros con los vidrios polarizados colocados, pero por sus características físicas no deberían ser mayores de treinta años. No tenía muchas alternativas, los cañones le apuntaban a su cabeza, le obligaron a disminuir la velocidad y pararon en un costado de la ruta prendiendo las luces de estacionamiento. El automóvil Ford imitó su movimiento bajando cuatro hombres armados. Los motoqueros parados a su lado, encañonaban en silencio. <Baja del auto!> ordenó uno de los cuatro abriéndole su puerta.

Adolfo bajó y recibió un golpe en la cabeza. El conocimiento se restableció en un lugar oscuro y frío. Estaba en el baúl de un auto y por el ruido del vehículo calculó que habían abandonado el asfalto, porque la tierra se pegaba en la piel con el sudor, su posición era incómoda, sus piernas flexionadas sobre el tórax y sus dos brazos atados en el dorso. Golpes de amortiguadores < estamos fuera de la ciudad > pensó. Recordaba cada una de las caras de sus verdugos; eso le preocupaba porque era su pasaje a la muerte, le dijeron alguna vez sus amigos cuando estaban de moda los secuestros exprés. Su cabeza sangraba. Estaba mojada y pastosa. No podía confirmar si era sangre o aceite, pero seguramente había un gran hematoma con una herida de por lo menos tres o cuatro centímetros. Estaba atrapado, desorientado y confuso. Sus bolsillos estaban vacíos < me robaron > mientras pensaba también en sus documentos, anillo y reloj. La bocina del automóvil sonó tres veces; escuchó un portón de rejas que se abría con lentitud. El vehículo avanzó nuevamente hasta pararse a unos trescientos metros. Escuchó voces y algunos reproches que no podía identificar. Se acercaban al baúl discutiendo, dos o tres personas cuando la tapa del baúl se destrabó ordenaron. Adolfo obedeció; abrieron completamente la tapa del baúl, le colocaron una capucha de género en la cabeza, ataron con otra cuerda sus manos y lo sacaron violentamente, ordenándole caminar mientras uno lo tomaba del brazo derecho.

Caminaban en una superficie blanda, un jardín calculó; estaba seguro. Llegaron hasta un piso de baldosas con tres escalones que tuvo que sortear por indicación de sus captores. Lo llevaron a un recinto cerrado, ciego, por los ecos de las voces. Húmedo y frío. Lo abandonaron sobre el piso pegándole patadas en la ingle. Se retorció de dolor sobre un piso áspero. La puerta se cerró y Adolfo trató de quitarse la capucha refregando su cabeza en el cemento; cuando lo logró; pudo ver solo una oscuridad, más negra que el mismo género con que lo había tapado. Sus manos estaban atadas en la espalda firmemente pero igual pudo levantarse lentamente apoyándose contra la pared de ladrillos. Con mucho esfuerzo lo logró y quedó unos minutos descansando. Le dolía la cabeza...sí, y aún sangraba. Así estuvo uno o dos días. Sin comer ni beber; abandonado a su suerte. No escuchaba sonido alguno < Estoy en un sótano> se dijo a sí mismo en voz alta. Había perdido la noción del tiempo y sus ojos acostumbrados a la oscuridad no encontraban sombras que le demuestran que no estaba ciego confirmando que en realidad estaba encerrado pero con su vista intacta. Lo desesperó la incertidumbre y el silencio que lo envolvía y torturaba. Necesitaba escuchar ruidos; al menos, escuchaba su voz. Dormía y se despertaba. El día y la noche estaban fundidos en una espera interminable y silenciosa. Podía solamente caminar, lo que hacía con cuidado porque no veía el piso; todo estaba oscuro. Sentía fundamentalmente sed; su boca estaba pastosa y la lengua seca y áspera. Había orinado seis veces, defecó una sola vez. Todo sus desechos alojados en sus pantalones. La humedad crecía junto con el hedor del excremento. Estaba concentrado tratando de adivinar cuantas horas habían pasado. Pensó haciendo un promedio elemental de sus excretas. < Sí; esto puede ser dentro de las 48 hs > razonó. El ruido del cerrojo con llave lo despertó. Al abrirse la puerta, una luz lo cegó, solo atinó a cerrar sus ojos. Recibió una patada en la cara mientras el carcelero lo insultaba por haberse quitado la capucha. Se la volvieron a colocar y le agregaron un cordel en su cuello para que no repita la proeza. Repitió una voz mientras pateaba su estómago. La puerta se cerró, Adolfo solo atinaba a mantener sus ojos cerrados y averiguar dónde estaba el agua. Reptando logró ubicar un balde aparentemente de plástico ; se hincó y acercó su cabeza buscando el nivel del agua mientras con su lengua ubicaba la abertura en el género ; tomó agua hasta saciarse y mojó la cabeza en el balde, así, el género mojado lo mantendría fresco. El olor de la habitación era insostenible. En la misma posición, fue barriendo el piso buscando el pan. Lo encontró y como si fuese un caballo comenzó a morderlo contra la superficie del piso. Sus manos permanecían atadas, sus muñecas lastimadas y sangrantes. Todo en silencio. No sabía Adolfo cuanto tiempo llevaba encerrado y atado. Perdió la noción de sus nuevos orines y excretas; el pantalón ya no distinguía lo seco de lo mojado, el piso estaba pantanoso y su cabeza le dolía pensó con lógica. < No me baño; me arrastro sobre excrementos y la cabeza duele más que antes. Que más le deparaba ese encierro> Pensó en sus momentos de gloria, en sus éxitos, en su fortuna, en sus viajes y en sus mujeres. Pensó en su familia que había perdido y en sus amigos que nunca tuvo. No le quedaba nada, estaba absolutamente solo y sin posibilidad alguna de escapar. Se preguntaba todo mentalmente. Había perdido las ganas de hablar. Cada vez que se abría la puerta era para cambiarle el agua y dejarle pan duro y unos golpes que ya no dolían, sangraban. El cerraba los ojos, no toleraba la luz que se colaba por el género. Previo a este gesto humanitario, lo pateaban e insultaban como ejercitando un gimnasia de rutina, sin embargo, ya dormía su cuerpo. Estaba como anestesiado; solo cuidaba su rostro porque el labio superior estaba partido, hinchado y con costras por un sangrado reciente. Le dolía al tomar agua y al masticar pan. Sus brazos estaban adormecidos, inútiles y sus muñecas desgarradas. Sus fuerzas lo abandonaban, y cada vez tenía menos ganas de caminar en ese pozo negro.

VIII

La luz

La puerta bruscamente se abrió; era su permanente rutina diaria, Adolfo ya no le interesaba proteger su rostro. Tampoco cambiar de posición. Había entrado en un estado de total indiferencia; sintió que lo

tomaban de sus brazos y axilas, pensó, porque esas manos eran distintas. Lo arrastraron por unas escaleras de cemento, por la textura del suelo y sintió por primera vez en mucho tiempo, el aire puro. Lo inhaló con ansias. Así lo llevaron hasta un recinto que por el eco era cerrado y por los escalones pisados, en un primer piso. Con brusquedad lo sentaron sobre una silla. Le costaba mantenerse en ella, porque todos esos días había estado tirado en el suelo. Sintió que alguien hurgaba sus muñecas hasta desatarlas, pero mantenía sus ojos cerrados. Los brazos quedaron en la misma posición a pesar de estar libres, como si hubiesen perdido definitivamente su movilidad. Trató de girarlos en forma independiente. No pudo. Sintió un dolor tremendo en sus hombros y codos que arrancó un grito desgarrador. Minutos más tarde percibió que alguien había cerca de suyo; lo presentía, notaba una respiración agitada y el perfume tal vez de colonia de afeitar. Orinó como lo hacía en su pantalón sin darse cuenta; sintió el líquido caliente en sus piernas, un detalle que no había olvidado. Sin embargo, ese alguien que estaba cerca suyo se fue alejando lentamente, pisando la arenilla del cemento; una puerta que se abrió, luego el silencio.. Estaba seguro que otra compañía silenciosa permanecía más lejana < Hay alguien ahí? > preguntó haciéndole gracia su propia voz que sonaba ridículamente metálica. Nadie contestó. Pero alguien se movió sin cuidado < Hueles a perro ...rata > dijo una voz seca y gruesa desde el costado derecho < Perra tu madre. > respondió Adolfo. Una trompada se incrustó en su nariz, sin palabra alguna, sangró profusamente, sin embargo curiosamente el dolor estaba ausente. Los pasos de varias personas con voces mezcladas se acercaron al recinto. Adolfo había agudizado su sentido auditivo. Percibió también en ese grupo, una mujer, olfateaba su piel. La puerta se abrió y ellos entraron < Este es Adolfo Millamás Tod? > preguntó una voz serena, trabajada, culta y sorprendida respondió su carcelero. Pidió el carcelero disgustado. Pensó Adolfo, .Entonces se atrevió a preguntar dijo Adolfo. Solo risas burlonas como respuesta. La voz culta habló. <IMG//>

< No sé de qué habla > respondió Adolfo. < Lástima Sr. Millamás Tod, porque ellos le harán recordar, utilizando métodos que yo desprecio > amenazó la voz culta. Adolfo calló. Luego sintió que el señor. De la voz culta se retiraba despidiéndose. < Hagan lo que sea necesario > ordenó saliendo con el taconeo de una mujer. < Sí Jefe > dijo el hombre de la palabra seca. < Yo lo haré hablar hasta de su infancia > agregó burlonamente.

Adolfo quedó en manos de expertos torturadores de la mafia; tal vez esos días en lo que fue sometido una y otra vez a las acciones más crueles, que no logren borrar de su vida y la voz de ese hombre especialista en matar, podría reconocerla a dos kilómetros de distancia. La risa ante el dolor y los gritos de desesperación de Adolfo se escucharon y retumbaron en ese recinto húmedo y aislado. La picana grabó en su cuerpo y en las zonas más sensibles, una impronta quemante sobre la piel con esa corriente incrementada y bajada a voluntad del verdugo de la voz seca. Resistió no por heroísmo, sino por ignorancia. No podía contestar porque nada sabía y menos aún dar datos que a pocas horas se transformarían en tortura por mentir. Si la picana no logró sacarle la verdad, fué porque se quebró con desmayos cada vez más seguidas. El maltrato, los golpes y el ayuno obligado por ausencia de alimentos ayudaron a transformar a Adolfo en un hombre sin resistencia, dominado y absolutamente quebrado. Las torturas en los dedos del pie y en sus manos, lo dejaron inútil por muchas semanas; en sus brazos, el prepucio y abdomen, los cigarrillos apagados en su piel, perforaron su dermis, dejando cráteres con bordes biselados más tarde purulentos, por estar infectados con mugre. Una y otra vez, absorbió sus excretas y las excretas de vaya a saber cuántos más, al practicársele inmersión de su cabeza por la fuerza en el inodoro hasta que una sensación de asfixia total o muerte inminente la interrumpía. Las uñas arrancadas con tenazas y los cortes limpios con hojas de afeitar sobre la piel, completaron ese cuadro de tortura de una realidad desconocida.

Noches enteras pasaba tirado en ese cuarto negro de luz y de vida, oliendo y bebiendo en el balde el agua sucia y tibia mezclada ahora con orina de cerdo. Hacían de su vida, una repugnante espera. Un martirio, donde el grito de muerte se hacía cada vez más hondo, como una forma de liberarse del dolor continuo, progresivo y eterno. Pensó Ya no podía calcular el tiempo de vigilia; tampoco, podía ver el sol o la luna, o

los cielos, o sentir el aire sin esa máscara sucia del género negro atada a su cuello. Llegó el día. Un día cualquiera; un día de esos que ya son rutina, escuchó corridas en la casa, gritos y puteadas. Pensó que sería su último día; porque seguramente habían decidido eliminarlo por inútil pensaba Adolfo. Tiros? ; Sí, tiros aislados primeros y luego más seguidos. Un movimiento subterráneo de temblores por las pisadas apresuradas de un escape. Adolfo apoyaba su oído en el cemento sucio de su celda y escuchaba. Había aprendido a reconocer todos los movimientos de esa casa en el piso. Tiros, pasos, corridas; < no me matan, me salvan> pensó con temor. < Calculó el tiempo, horas? sí,... pocas. Una o dos tal vez> se dijo mientras percibía desde el piso como se alejaba el ruido de tacos apresurados cada vez más distantes. El silencio creció, como nubes de tormenta y luego....nada. No escuchaba más las pisadas, ni gritos. Su angustia creció. Estaba aislado del mundo con agua sucia en un balde de plástico y unos pocos panes tirados en el piso, donde debía reptar para comer, como los caballos buscando alfalfa. Trató de serenarse. Si de algo habían servido esos días de calvario justamente era para pensar; odiar y acumular deseos de venganza. Dijo como dándose su propia autorización para repetir historia anterior.

Trabajó horas masticando género, comiendo hilos que con la lengua arrollaba y tomando agua sucia para saciar su sed y para evitar que pasen otros que aún no pudieron escupir en el recipiente. Fue abriendo lentamente un orificio, desarmando el género hasta cavarlo quedando por primera vez el rostro libre; ahora seguiría con las cuerdas de sus muñecas. Cada hilo, cada hebra del género la tomaba delicadamente con sus dientes y tironeaba para quitarle fortaleza a su atadura. Nada de uñas; no las tenía Solo pulpejos hinchados y sangrantes que olvidaban el dolor por la sed de libertad. Trabajaba, dormía, tomaba agua, comía pan. Trabajaba y dormía, hasta que por fin pudo romper el delicado hilo residual. Era libre; sus brazos colgados inmóviles podían ahora ser rotados a voluntad pero con un dolor punzante en hombros y codos. Los brazos se habían transformado en varillas rígidas, e inútiles. Agua, sueño y pan para ejercitarse; para moverse y recuperar sus fuerzas; para explorar las paredes desnudas buscando una abertura secreta. Jadeaba, suspiraba y maldecía pegado a las paredes tanteando sus poros reconociendo ladrillos y cemento en una oscuridad sin capucha aislante, hasta que encontró la manija de una puerta. La tocó. No se atrevió a moverla, temía que fuese una trampa; una nueva prueba de tortura, un paso a la bala traicionera, se estremeció. Fué resbalando, bajando su cuerpo pegado por su espalda a la placa de madera, como si fuese el agua lamiendo una superficie vieja de madera astillada. Estaba aislado del mundo. Pensó una y otra vez tocando la puerta que debería animarse. Con sus manos reconoció también su rostro barbado y el pelo crecido pegoteado y sucio. Se durmió agotado, vencido, hambriento y sediento, pegado a esa puerta que no se atrevía a abrir. Cuantas horas pasaron desde el descubrimiento de esa puerta? No lo sabía; pero estaba decidido abrirla. Si estaba con llave o cerrojo sería el final de su vida, condenado a morir en un anonimato oscuro de hambre y sed y en una agonía sin fin; sin límites, sin testigos. Se levantó pegando su cuerpo a la puerta y con la mano derecha tomó el picaporte suavemente como esperando recibir una orden< ábrela> pensó. Giró la manija. Cedió, abriendo su hoja finalmente a la vida. Le impresionó la pureza del aire. El hedor acostumbrado y la oscuridad se debilitaban. Se dibujaban sombras y a dos metros de él otra puerta que dejaba ver en su base, la luz blanca y pura del día que se le había vuelto desconocida. Entró en ese nuevo recinto cerrado y se dirigió tembloroso y sudando hacia la luz. Palpó otra madera más lisa; más regular, hasta encontrar una manija circular que tomó con su mano izquierda y la hizo girar. La puerta se abrió dejando entrar una luz intensa, hiriente, que lo obligó a cerrar sus párpados y tapar su rostro. Cerró nuevamente sus ojos; se quedó quieto hasta recuperar su visión. Debería abrir progresivamente sus párpados hasta que la luz regrese a su memoria. Fue lo que hizo. Exploró la habitación con cada vez más luz. Las paredes desnudas y un calendario clavado en la pared derecha con cruces marcadas. Tres meses. Tres meses encerrado, torturado y golpeado. No hubo tiempo para que fuese sometido a un interrogatorio justo, la violencia estaba siempre presente en ese recinto colmado de dudas. Las tablas de una mesa astillada con notables manchas de sangre y los dedos amenazantes que lo acusaban ya no estaban. Habían encerrado su cuerpo y su vida en una celda simulando un alcázar de metal, pero su mente no reconoció límites materiales capaces de encadenar su

imaginación. Cuando lo llevaron era un cuerpo inanimado con sus brazos colgando, pendulares e inertes y su mentón apoyado en su pecho. Su prisión distaba mucho de ser el Alcatraz; pero estaba en su destino obviar ese lugar elegido como un sarcófago clandestino. Estaba libre y cuando pudo salir, se encontró en un patio interno vacío, sucio y abandonado.

Era una casa vieja. Caminó por las galerías hasta reconocer sus habitaciones y llegar a la cocina. Había un jarro de metal que lo tomó, se dirigió a la canilla de agua de la pileta; tomó agua sin sabor, agua cristalina y pura. En la mesa de tablones había pan duro y fiambres cortados con moscas que deambulaban sin pereza. Los comió. Eran manjares para él y también, su primer alimento en libertad. En la pared lateral había un espejo circular quebrado. Se acercó lentamente temiendo verse El pelo desordenado, pegoteado y la barba crecida. Su piel sucia, con costras que se adosaban en sus pómulos heridos. Parecía un hombre mucho mayor, abandonado y sucio. Se había transformado en un linyera; un hombre que siempre despreció. Observó los huecos en la mampostería del patio, demostraban que habían sufrido un intenso tiroteo. La policía había invadido la vivienda y los integrantes de la mafia ya no estaban. No había sido liberado, en realidad había sido abandonado.

IX

Poesía

Los suburbios de una ciudad muestran las miserias que las sociedades esconden para que el ciudadano común o el turista los ignore. No existen, y si alguien por casualidad las encuentra, solo ha sido un sueño, o a veces, una pesadilla. Es un mundo distinto, con sus propios códigos, con reglas de convivencia solidaria y en donde el tiempo ha dejado de ser importante para convertirse en un hábito intrascendente, en ese ambiente Adolfo logró sobrevivir pero esto no significaba en realidad un triunfo; ahora debería involucrarse en ese lugar que siempre destetó: la miseria. Un submundo que había repudiado e ignorado, pensando que era integrada por gente de la peor calaña. Sin embargo, ¿qué otro lugar podría haber elegido en esas condiciones?, sin dinero, sin ropa, sin documentos, sin posibilidad de ayuda material alguna y sin futuro Su vida había cobrado otra dimensión; era un prófugo de la justicia; un paria, un asesino según la prensa que ya lo había juzgado y condenado. Cuando salió de esa casa se encontró en las afueras de Buenos Aires, a unos veinticinco kilómetros del Obelisco. Caminar en esas condiciones le resultaba casi imposible, de manera que estuvo dos días recuperándose en esa casa. Abandonada, pacientemente juntó todas las sobras de comida, rescató dos botellones de agua y entre los restos de ropa abandonada y en mal estado, logró hacerse de un vestuario básico. Una camisa rota, un pantalón que le era naturalmente grande pero estaba sano y sin excretas pegadas y un par de zapatillas deshilachadas. Había una frazada encima del catre de campaña plegable y en la galería, un perro flaco lo miraba apostado cerca de la puerta. El perro flaco y sucio estaba acostado cerca de restos de cigarrillos que Adolfo levantó prolijamente desmenuzando su tabaco logrando armar unos cuantos con papel higiénico. Le dijo Adolfo al perro unas palabras amigables, acariciándole su cabeza. El animal movió su cola y bajó sus orejas como repuesta de aceptación. No importaba la raza o el color, el animal se mantenía orgulloso de su orfandad y su costumbre de vagar por veredas desiertas parecía llegar a su fin. Las calles oscuras lo habían vuelto cauteloso para cuidar su vida, habría pensado seguramente el can. El perro abandonado mantiene la postura típica del huérfano en busca de afecto. Deambula solitario por las veredas, cruzan las calles con timidez, cuidándose de los vehículos que avasallan las calles y las rutas. Un perro sin dueño es como un cuerpo sin alma, abandonado a un destino incierto envuelto en tristeza. No estaba lejos de esta imagen, este perro al que llamó aparecía Pucho.

El Desprecio

Gustavo A Vaca Narvaja

Adolfo preparó su equipaje y también desarmó el catre abandonado que, aunque en malas condiciones, su loneta todavía resistiría su peso. Descolgó una sogá delgada que había en el patio para tender la ropa y con ella, ató prolijamente catre, ropa y enceres que se apropió de la cocina. Un tetera tiznada, una taza de loza, un cuchillo sin mango y un tenedor que le faltaban dos dientes. La cuchara de sopa estaba sana, el sartén lamentablemente había sido perforado en la balacera. Adolfo se bañó con agua fría y un jabón de lavar blanco abandonado en la ducha del baño, una vez usado lo guardó y también fue parte del equipaje. Con ropa nueva, el baño, la barba crecida y el pelo desordenado, tenía una nueva personalidad: una imagen desteñida, intrascendente y absolutamente distinta a su imagen orgullosa, pulcra de aire triunfante, se dijo en voz alta, mirándose en el espejo astillado del baño. Pucho lo seguía por todos los lugares que él pasaba y olfateaba los rincones en búsqueda de algo más que alimentos. Hombre y perro, durmieron su última noche en la oscuridad de la habitación principal. Al día siguiente partirían caminando hacia la ciudad, más precisamente: al Riachuelo; un lugar que Adolfo conoció en forma circunstancial por un desvío de las calles cortadas por piquetes. Ese día había visto las casas de cartones de los basurales y con habitantes que él había descalificado identificándolos como parias, sucios y vagabundos. Los había escupido y muchas veces maldecido. Ahora; curiosamente, tendría que refugiarse en esa ciudad misteriosa de la pobreza. Era el sitio más seguro para pasar desapercibido. Hombre y perro transitaban por las orillas de la ruta caminando sin apuro. Nadie los esperaba, nadie los conocía y nadie los podía ayudar.

Durante el camino, en sus momentos de descanso, hombre y perro comían por partes iguales su ración de alimento compartiendo hambre y sed. El perro trayendo de vez en cuando alimento que robaba a la basura de los caminos. Restos de pollo, panes duros, alguna fruta o verdura que eran las sobras de las casas y restaurantes. Aprendió Adolfo que la basura no es del todo desechable y que si uno sabe buscar, el resultado puede ser sorprendente. Acrecentó su equipaje con algunas cosas recogidas en los basurales; una pequeña parrilla, una cafetera vieja y una frazada desteñida. Dos cartones plegados también fueron incorporados, atados sobre la superficie externa. Hombre y animal, fueron ayudados en su trayecto por camioneros que se compadecieron de su paso cansino y triste, eso les permitió acercarse más rápidamente a la ciudad. Al llegar a San Telmo, su lugar preferido y añorado, con un camión de carga, se bajaron en la esquina de un bar custodiados por los Tilos. < Mucha gente > pensó Adolfo, < eso me conviene > razonó mientras se sentaba abajo de un Tilo a fumar un armado mirando como pasaban a su lado sin prestarle atención. < No existo > pensó mientras su perro se acurrucaba en su sombra sacando su lengua y jadeando el calor. < No sudes amigo > dijo Adolfo fumando y mirándolo, <ustedes transpiran por la boca y las patas> explicó a Pucho que mira distraído.

Se dió cuenta entonces que en su bolsillo había un bolígrafo rojo y una pequeña libreta de anotaciones que estaba sin usar, los sacó y apoyando su espalda contra el tronco del Tilo, se puso a escribir.

"Si pudiese al menos vivir sin la sombras que me acechan, dejaría que mi corazón se llenara de alegría porque estaría nuevamente vivo, hoy me toca ser un prófugo de esta sociedad torpe y apresurada que pasa a mi lado sin verme, sin escuchar los latidos de mi corazón herido y sin ofrecer a mi perro una mirada de piedad..." Al finalizar esta idea, se le ocurrió que esta no era la forma adecuada de expresar lo que sentía e intentó hacer una poesía; para ello seleccionó las palabras buscando sean más contundentes y quedó así:

"Las sombras me acechan/ sobre mi vida vacía/ mi perro y la gente cruzan mis caminos solitarios/ sin mirar mi corazón herido/ ni tener una mirada de piedad..." Bien, pensó Adolfo, esta sí me gusta, y le pidió permiso a su perro para recitarla en voz alta. Pucho lo miraba extasiado, su amo le había escrito una poesía; ladró con un gesto de agradecimiento y movió sus dos patas delanteras como tratando de tocar los pies de Adolfo que recitaba nuevamente su poema cada vez más fuerte. Del otro lado del tronco del tilo a escasos metros, una pareja de turistas venezolanos lo observaba con curiosidad; ella había quedado atrapada con la poesía y pidió a su esposo que la comprara; allí partió el hombre que gentilmente le pidió

a Adolfo si podía venderle su poesía y que la firmara. Adolfo en un comienzo se asustó cuando escuchó una voz a sus espaldas, luego de ver quién era y que quería, pensó que no le vendría mal esa operación financiera. Calculó cuando podría cobrarle al turista y espontáneamente dijo mientras lo firmaba con su nombre y colocaba una cita "Adolfo, poeta de los Tilos". El turista agradecido pagó cinco dólares. Hombre y perro salieron apresurados porque no podían garantizar el arrepentimiento del turista. < ¡Cinco dólares. !.> pensaba exultante mientras caminaba sin rumbo en la noche de Buenos Aires. < ¡Seré el poeta de los Tilos...pucho ! > anunció Adolfo a su perro. Ambos partieron rumbo al Riachuelo que había sido transformado en su punto de referencia y vivienda desde hacía un mes. Durante su itinerario, pensó en cuantos poetas conocía; que poemas lo habían impactado y cuales merecían tomarse como modelo para generar su propio estilo literario. *Ernesto Cardenal* le resultaba un curioso ejemplar casi contemporáneo, lo había conocido en Nicaragua antes de la Revolución Sandinista cuando fué expulsado de ese país junto a otros intelectuales y empresarios acusados de conspirar contra el régimen.. Educado en el monasterio trapense de Gethsemani se había ordenado y luego convertido en los años setenta en un poeta revolucionario. Sus "Poemas" y "El estrecho Dudoso" lo habían impactado, era también una expresión de la poesía centroamericana, dijo Adolfo, lo anotó y recordó en silencio cuando le agradeció su intervención para llegar sano y salvo a Bs As *Pablo Neruda* ? como ignorarlo,, incorporó entonces Cien Poemas de Amor; *Paul Claudel* ? sí, recordaba cuando en París, había comprado "Mes idées sur le theatre" y su poesía en "L'otage ; Le pain dur y Le père humilié". y anotó su nombre junto a *Rimbaud*; a quién admiraba a pesar de su homosexualidad. Pensó en *Mario Benedetti* como poeta, al margen de su narrativa; era contemporáneo: sumó "Inventario" a su listado; *Rafael Alberti*, rescató a "Marinero en Tierra" y "Retornos de lo vivo y lejano", luego Alberti se alejó del poeta cuando recibió el premio Lenin, dijo en el momento en que quemaba su obra. *León Felipe* con el "Payaso de las bofetadas" y el "Pescador de caña" y "Antología Rota"; *Stéphane Mallarmé* "Un coup de dés" ; *Leopoldo Marechal* con "Poemas de robot" o las "Tres caras de Venus" y otros poetas a quienes Adolfo reconocía normalmente en su biblioteca y los consideraba como propios. Al margen de ser esta la forma de ganarse la vida, Adolfo había encontrado el método para hablar con su propia conciencia, estableciendo por primera vez una rápida investigación de sí mismo. Aseguraba Adolfo cuando hablaba de literatura con sus amigos. Ellos reían su propia ignorancia Algo estaba cambiando en ese hombre.

X

Festejo

Un nauseabundo Riachuelo y el aterrador paisaje ofrecido, eran naturalmente la antítesis de paisajes que Cézanne pintara en Aix. Podía olfatearse desde unos trescientos metros de la orilla el olor repulsivo de aguas servidas, por olvido o negligencia. A medida que se acercaban buscando el rutinario sendero, Adolfo y su perro palpitaban el disfrute de una abundante cena. Los cinco dólares, habían sido convertidos en pesos y los pesos en alimentos. Por primera vez, había carne, verduras y vino comprados y no como de costumbre restos rapiñados de los basurales. En la orilla derecha estaba la casilla desprolijamente armada con cartones, latas y maderas de abandono. El paredón ciego de un tapial abandonado, servía de pared y guía para sostener los parlantes envueltos en cartones que Adolfo acondicionó para darle forma al techo y completar un refugio transitorio y digno. El vacío de la puerta de entrada, estaba cubierta con un trapo azulado, desteñido y manchado seguramente de alguna cortina abandonada. A pocos metros de ella, el hoyo del fogón con cenizas y algunos carbones de la mañana usados para calentar agua para el mate. Una inopia cautiva, asomaba como una de las tantas condenas sociales amarga y creciente. No alcanzaba a veces con las imágenes de dolor para describirla. Vivir sin tiempo era un eterno pesar, porque encerraba su futuro, condenando a sus habitantes a una marginalidad perpetua. La miseria se engalana de fiesta, con el hábito de la tristeza.

Arribaron contentos. No era habitual en esos días de desconcierto, pero de algo estaba convencido; sería un poeta y con esta nueva profesión se ganaría la vida. < Escribo de noche, vendo de día y con esto solucionamos el problema de alimentación...pucho> le dijo orgulloso a su perro que lo mira mientras él cocina carne en brazas encendidas. Comentó preparándose un buen vaso de vino tinto y levantó su copa al cielo. Tomó un trago largo de vino paladeando como nunca el sabor reconfortante de la uva; su cuaderno preparado para ser depositario de su nuevo arte comenzó a capturar su imaginación y escribió

"Tú, soñador de alquimias y fantasías/ Me escuchas ?/ Puedes escuchar el grito del silencio ?/ Tú....genial soñador de letras y palabras sin unir/ deja que cada una de ellas caiga sin pensar y formen / palabras sin sonidos/ sin estilo/ sin ton ni son/ Palabras de regreso/ de llegada/ de vida y de sueños/ Eh....generador de ideas/ aprieta ese botón de raíces/ y deja que el agua surja / entre las nubes que lamen la tierra/ Sopla y sopla suavemente / para que se libere y deshoje esa flor/ en pétalos de monedas de oro/ y caigan en el mar rojo/ sin levantar espuma/ viajando sin rumbo/ al fondo/ al final de algo/ que no puedo ver.."

< !Será un éxito pucho !> prolijamente lo colocó en un fino tubo de vidrio de laboratorio que recogió en los basurales del hospital. Afirmó en voz alta mostrándose su propia obra y pensando en recoger más tubos de vidrio por la mañana. Necesitaba mínimo diez por día Esa noche Adolfo preparó cinco poesías porque tenía cinco tubos de cristal limpios y preparados. Sus poemas tenían año y firma. Dudó en hacerles algún dibujo. No era su fuerte, de manera que solo sombreó los bordes del papel para darle personalidad al poema. Los acomodó en un trapo envolviéndolo uno a uno evitando que no se rompan por el contacto del cristal. Tomó otro vaso de vino y luego apagó las brasas con agua; guardó sus cubiertos y entró a su casilla de cartón para dormir. Estaba cansado y contento a la vez. Había encontrado una forma para mantenerse y seguir viviendo. Esa noche soñó con un bosque de inmensos árboles verdes, majestuosos, orgullosos del follaje y sus sombras, la brisa fresca y pura acariciaba su rostro y el coro de pájaros envueltos en un misterioso lenguaje invadió la noche. Se veía a sí mismo sentado en una piedra de grandes proporciones recitando, cantando letras de algunas poesías en una paz infinita hasta que la profundidad del sueño quebró la fantasía y lo llevó al olvido de su cansancio. Aparecieron entonces desiertos regados de arenas cristalizadas en caprichosos médanos de formas y colores variados. Arenas milenarias que fueron lechos de mares convertidos en nubes. Gigantescos pescados y pulpos reptaban desafiando ese desierto convirtiendo sus branquias en bolsas de aire marino mientras unos monstruos bicéfalos correteaban acompañando el viento que los llevaba hacia cráteres de volcanes encendidos. Su lava los envolvía convirtiéndolos en estatuas; esculturas pétreas llevadas por aves gigantes que desaparecían en un cielo rojizo. Pucho dormitaba atento a los sonidos liberados por su amo en la puerta de esa casucha de cartón. Despertaba solo cuando una frase importante lo merecía. Esa noche soñó una de ellas: se despertó, apuntó estas reflexiones en su cuaderno y se volvió a cubrir con sus frazadas hilachentas para regresar a sus sueños. La noche cubrió todos los defectos de la pobreza. Era su obligación. Cuando las luces de la madrugada comenzaban asomar; pucho se despertaba y se levantaba jugueteando. Los gallos asomaban su armonía y las ranas se dormían con la luz Pucho corría sin sentido; saltaba y brincaba. No ladraba para no despertar a su amo que roncaba aún en la casilla. Era el despertar de un perro; pero también de vida en esa villa miseria castigada por el olvido. A unos sesenta metros de Adolfo cinco casillas más; a cien metros, otras ciento cincuenta. La arquitectura de la pobreza tiene esa magia. Panales de pobreza con calles angostas, de trazos caprichosos compartiendo secretos permanentes de una vida clandestina, anónima y fresca; cada uno elige su predio, su vecino y su destino. Adolfo prefirió el lugar más lejano

Todos los habitantes de esa villa comulgaban las mismas necesidades y compartían sus carencias. Adolfo, por ser huraño y estar pagando el desprecio por los pobres, se había auto marginado; pero esa fué su elección. Más no de sus vecinos, que siempre lo llamaban para que les recite alguna poesía antes de venderlas. Era el pedido diario en las madrugadas cuando los vagabundos se juntaban alrededor de la

pequeña fogata que calentaba el agua de mate. Había uno de ellos que era cantor de óperas y allí desplegaba su poderío con óperas preferentemente de *Verdi* y *Puccini*; esa mañana los despertó con Una Furtiva Lágrima de *Donizetti*. Otro, que era un exitoso filósofo que tanto había estudiado que quedó con su mente en blanco, decía llamarse Platón, aun cuando todos le decían plato vacío.. Solo le quedaron algunos escritos y vivía con la venta de golosinas Vivía compartiendo su miseria con los habitantes de la villa. El guitarrista, distante a unos cien metros de la casilla de Adolfo, hacía sonar las cuerdas solo cuando caía y salía el sol y la mujer que lo acompañaba estiraba su cuerpo sobre un cartón quedándose quieta, casi sin respirar, absorbiendo según ella, los primeros y últimos rayos cósmicos del sol. Eran variadas las historias y las figuras de esos habitantes, tanto, como la misma historia de Adolfo que cuidaba de explicitar, diciendo que él estaba allí, por incompreensión del "sistema" y también de sus editores. Pero estaba decidido a promover la cultura en tubos de ensayos, tal como lo hacía el sufrimiento, que había conmovido las estructuras íntimas de Adolfo. La vulnerabilidad del hombre rico estaba demostrada. Su riqueza y opulencia habían forjado un hombre despectivo cruel y autoritario. La pobreza lo estaba llevando lentamente a una humanidad desconocida. Muchas noches quedaba sentado en la orilla del fogón, mirando el cielo estrellado y veces esa luna enigmática que ofrecía su desaparición y su crecimiento como un reloj natural de sabiduría sentenciando profecías, liberaba las condenas de Apolo a Casandra. Si las sombras dibujadas caprichosamente en su superficie tenían una nitidez desmesurada, significaba que el día que siguiente a esa transformación, sería de gran venta de su poesía. Imaginaba Adolfo la soledad del hombre lunar; como si cualquiera pudiese vivir entre las rocas caprichosas del Valle de Urgup que lo había impactado en Asia. Pensaba no sin razón, que él era un afortunado hombre solitario porque prescindía de una escafandra; tenía una casa de cartón en vez de una cápsula plateada y podía jugar y hablar con su fiel perro; que a diferencia de los toros de Guisando tenía vida. Descubrir que podía expresarse en la poesía sin necesidad de hablar con nadie, le ofrecía esa comunión con las palabras sabiendo que a pesar de no contar con las cáveas del teatro de Aspendo, podía ofrecer a sus lectores su pensamiento sintetizado en un papel cualquiera.

XI

El aguante

La empresa cerrada desde la huida de Adolfo, cumplía ocho meses de ocupación por parte de sus empleados, quienes habían colocado carpas y parrillas en las puertas de entrada impidiendo el ingreso de acreedores Participaba activamente la ex secretaria de Adolfo; era una mujer que le había sido leal hasta las últimas consecuencias y hasta el último día, ahora estaba luchando para mantener su fuente laboral. Su compañera, activa militante gremial estaba escribiendo con grandes letras "Asesino, Chorro, Ladrón" en las paredes y comentaba despreocupadamente mientras Ana escuchaba desaprobando los calificativos. Respondió segura. <No seas boluda mujer!> <No te das cuenta? > <Que se yo!> contestó la ex secretaria confundida. Los informativos en la radio y la televisión, habían recogido la noticia del escándalo en los primeros cinco días; después, solo una vez a la semana y generalmente los sábados en la mañana, como un comentario para recordar el hecho pero sin otra nota de último momento. Ese mismo día, la Dra. Mirta Schvartzman se desplomaba en París desde un balcón del hotel en bombacha y corpiño. Ella era "compañera" de un ministro de la Corte Suprema de Justicia de Argentina, el Vocal Belluscio. Su muerte despertó la intriga y el comentario internacional relacionándolo con hechos delictuales; de cualquier manera esto se sumaba a los escándalos del Senado, IBM y la corrupción en el poder Judicial, que estaban más vigentes que nunca; no era un dato alentador para el reclamo de los trabajadores que también habían presentado un per-saltum en esos estrados, para lograr reapertura de la Empresa.

Justamente este miembro de la corte, tenía que intervenir dijo su compañera mientras organizaba resistencia y el aguante, recordándole el maltrato que Adolfo le propinaba diariamente. Treinta personas permanecían custodiando las puertas de la empresa. "Nadie entra y tampoco sale" era la consigna que mantenían desde el inicio del conflicto sus empleados. Las pancartas y carteles con una gran foto de Adolfo estaba señalada con una flecha que decía "Prisión al ladrón". Su ex secretaria mantenía aún vivas las esperanzas que se aclararan las imputaciones para ella injustas que pesaban sobre Adolfo. Destinada a un lugar de "resistencia", ella cumplía con todas sus tareas y en sus momentos libres tejía con prolijidad, dejando sus agujas solamente para presenciar asambleas donde decidían los pasos a seguir. Varios de sus compañeros habían tratado de llevarla a la cama sin éxito; era una hermosa mujer, pudo sortear estas invitaciones aduciendo fidelidad a un novio inexistente, pero que en realidad había sido un hombre que años atrás, había sido muy importante en su vida desde el punto de vista de los afectos. Sin embargo, las apariencias de hombre culto, gentil, educado e instruido profesional, había chocado con una conducta de perversidad que llevó la pareja a límites insospechados impidiendo su convivencia. Ana en forma progresiva, había sido descalificada como mujer y como persona; mientras su compañero, mantenía relaciones homosexuales a sus espaldas. La perversidad en aumento por parte de él, se sumaba al consumo abiertamente drogas y bebidas, con el agravamiento de salud mental. La violencia física, se incorporó cuando sobrepasaron los límites racionales con una intolerancia enfermiza. Ana mantenía en silencio su problema, asumiendo culpas que no le correspondían, se planteaba responsabilidad de esos actos, como una consecuencia de una deficiencia que la asumía como propia. Por circunstancias muy especiales como lo fue el deterioro de su compañero a nivel físico y psíquico, y su suicidio posterior, logró terminar esta relación. A partir de esto, ella pudo superar su decadente futuro y reconstituir su vida. Internada en varias oportunidades por los golpes y heridas recibidas, su raciocinio quedó alterado requiriendo durante dos años, estuviese en una Unidad especial de Psiquiatría. Allí ingresó en mal estado, con sus defensas eliminadas y entregada activamente al alcoholismo prolongado. Los antidepresivos y los tranquilizantes la llevaron a un estado de indiferencia, con una crisis que le había costado superar. Estaba en ese momento vencida. Al cabo del primer año comenzaron a tener repuesta con el retiro de la medicación, sumado a psicoterapia y tratamientos por hipnosis. Su recuperación se logró casi en el día de su alta; a los dos años de su reintegro al mundo. En esa oportunidad había sido incorporada en la empresa de Adolfo; primero como auxiliar y luego como su secretaria privada. De su tormentosa vida, pocos conocían la verdad y ella tampoco era capaz de contarla por vergüenza y el mal recuerdo. Muchas veces sus pesadillas la despertaban exhausta; eran los únicos testigos de su padecimiento superado.

XII

Aplausos

La noche cerrada, vacía de lunas llegaba a su fin. El amanecer venció con su tenue luz la resistencia de esa negra oscuridad bañada de rocío; otra vez el día disputando su cuota de vida despertando alegrías de pájaros entumecidos que sacudían sus alas, Adolfo se levantó con pereza, abrió su raída cortina azulada asomando su cabellera revuelta que cubría ojos irritados y pegoteados de lagañas, escupió afuera, calculó la temperatura y finalmente salió aspirando aire puro recogiendo la olla rota y el jarrón para llevarlos hacia el arroyo donde utilizaba barro y arena para lavarlos. Luego, colocó agua mineral en la olla y prendió fuego para calentar su café..

Recordó las aguas también contaminadas de Adige en Verona, la diferencia era que en lugar de costas cuidadas y arregladas para componer un paisaje atractivo con puente de arcadas de piedra blanca, estaba

ante un basural y restos orgánicos acumulados flotando en pequeños remansos; algas verdes cada vez más largas y dóciles al movimiento submarino entrampaban papeles y plásticos que se animaban aún, a mantenerse en superficie. Sus vecinos; vagabundos sociales, insistieron en reclamar su presencia gritaban gesticulando sus amigos. En realidad, Adolfo tenía que hacer su café, prender el fuego y recién desayunar. La oferta en cambio prometía café humeante, pan caliente por solo un poema. <Vale!> dijo y sacó una poesía del tubo de vidrio listo para vender. Caminó despreocupadamente. El gesto adusto no se quitaba a pesar de que su voluntad era demostrar agradecimiento a quienes antes detestaba y humillaba; ahora, eran ellos quienes le tendían una mano solidaria. Pensaba esto mientras desplegaba la poesía que había dispuesto a leerles.

Entre sus nuevos amigos, había encontrado a personalidades de la política, literatura, profesionales dispuestos a renunciar a su vida holgada; también había rufianes. Pero la práctica de esa vida comunitaria, los había hecho "iguales", solidarios y hermanados en las mismas necesidades humanas; sin embargo, tenían desarrollado un amplio sentido del afecto, que en más de una oportunidad le fue demostrado. Sentado en un tarro de pintura herrumbrado, tendió su jarro vacío a quién distribuía el café humeante y recibió su pan. Deseoso de comer antes de hablar, ingirió agradecido la mitad. Mirando uno por uno de su auditorio se dió cuenta que todos estaban sucios, pero había una actitud digna de orgullo que los caracterizaba; pensó mientras se disponía a recitar con voz grave.

"Llevo en mis manos secas y frías/ un plato vacío/ Tan limpio de comida, como de ideas/camino las calles esperando que caigan/racimos de panes/sin espejos del pasado./Tengo hace días mi cuerpo vacío/ lleno de agua que aplaca el deseo /de comer/Masticando un sabor imaginario/en las noches eternas de insomnio/lo sueño/Veo en estas calles, manjares/ Pero /me separan cortinas de cristales/ Me alejan/ Piden-que-no-entre/

Recordaba este episodio que personalmente lo había vivido, cuando estando con hambre se acercó a los ventanales del restaurante primero por curiosidad y luego encandilado por esas mesas servidas con copas y platos de comidas hábilmente preparados. A su lado un niño que vendía agujas y dedales, lo acompañaba sin decir palabra. Fué en ese momento en que pensó componer esta poesía sentida. El niño entró para ofrecer su producto, pero tardó poco minutos porque los mozos se encargaron de sacarlo con disimulo. El niño miró a Adolfo y sin hablar, se retiró cabizbajo, Adolfo tomó su lapicera y escribió:

No puedo aspirar el aroma/ Me alejan/ Me piden que no mire/ Creen que puedo quitarles las formas/ Me alejan/ Me dicen que en la noche/ La bolsa de basura/ Negra y lustrosa/ estará esperando en esa jaula/ de hierro forjado/ Me alejan y me voy lentamente/ pegando mi rostro en el cristal/ sonriendo/ Con pasos silenciosos/ Nadie me mira/ Sienten vergüenza de mi hambre/ Además/ Piensan que puedo quitarles/ también sus sueños/ Me alejo/ Con el plato vacío en mi mano/ El mismo Plato/ ahora lleno de ideas/De fantasías/ De ilusiones/ Y estoy feliz/ Lo veo lleno/ Pero mi hambre golpea/ sin embargo/ me alejan".

A medida que la poesía desplegaba su magia, los rostros de los linyeras se conmovían con el argumento magistral del poeta. El "jefe" o líder de ellos, tardó unos minutos en levantarse y comenzó a aplaudir como lo harían los espectadores de un Coliseo, a un Adolfo compungido, que solo atinaba a llevarse el café negro a sus labios, sin mirar de frente; como queriendo esconder su vergüenza. El perro fiel a su lado, apoyando su cabeza en los zapatos desgastados y desflechado de Adolfo, miraba fijamente la escena orgullosa de su dueño. La audiencia se fue sumando al aplauso y levantándose como un homenaje a quién entregaba en las mañanas las sentidas palabras de su poesía. Lo vivaron. Adolfo introdujo nuevamente el papel en recipiente de vidrio prolijamente lavado. Esta poesía valía más de cinco pesos.

El Desprecio

Gustavo A Vaca Narvaja

Envolvió los aplausos en su pañuelo invisible y se sintió el más Cesar de los cesares. Esa mañana fue premiado.

Había aprendido en su nueva vida a valorar las pequeñas cosas, aún, en esa pobreza contagiosa y digna. Miró al Riachuelo e imaginó, que en ese paisaje difuso del amanecer, ese río sucio, se transformaba en un estuario lleno de luces vivas ante la salida de un sol naranja con bordes nítidos, que desde un horizonte lejano se sumergía lentamente en las aguas dándole luz a las barcas imaginarias de pescadores del amanecer. Supo que aún podía emocionarse. Estaba casi vivo; se había despertado en él, un fantasma del éxito, invadiendo su cuerpo ajado y abandonado con un sentimiento muy fuerte de su autoestima recuperada con orgullo.

XIII

Desalojo

La última asamblea de los empleados estaba en su punto culminante; era justamente el momento de votar los nuevos pasos a seguir en la protesta por el cierre de la empresa, cuando abruptamente avanzaron policías protegidos de chalecos antibalas, escudos transparentes y cañones de gases. Su aparición como su acción, fue rápida y violenta. Arremetieron contra todos y contra todo. Carpas, parrillas, cenizas, pancartas, tambores y los ex empleados que solo atenían a cubrirse de los palos de goma que llovían sobre sus espaldas y sus cabezas asfixiadas de gases lacrimógenos. El desorden reinaba y la carga policial arreciaba. En pocos minutos la asamblea había sido disuelta y los restos del campamento de protesta acumulados en un camión llevado para la basura. Las mangueras de los bomberos terminaron de limpiar la entrada de la empresa y la vereda, mientras en el piso 12; los banqueros del sistema financiero brindaban exultantes por el desalojo; <Sres.> ; todos levantaron su copa y exclamaron al unísono Era necesario brindar y reconocer su fuerza ; también, avalar la estrategia de la sorpresa que había desintegrado la protesta..

La ex secretaria de Adolfo, estaba caída, desmayada por un golpe en la cabeza atrás de una maceta de grandes proporciones que cubrió su cuerpo resguardándola de esa represión. Cuando recuperó el conocimiento, miró aturdida las últimas escenas del violento desalojo, quedándose unos minutos oculta para luego, salir corriendo por las calles desiertas cuando se dió la primera oportunidad. Fue testigo también, cuando los empresarios bajaron a la zona liberada y entregaron un paquete de dinero al jefe del comando.<Ud.> le dijo tomando su mano y colocando el fajo de billetes sin resistencia. Un agradecimiento y un gesto de complicidad los hermano contesto orgulloso el jefe dando la media vuelta para terminar de organizar el repliegue de la fuerza... Exultantes; impulsados con esa imàgen de una batalla ganada por la fuerza brindaron en complicidad, como un auto homenaje, que no fue más que la potenciación de su soberbia. Esas calles y veredas ahora desnudas de protesta, regresaron a un silencio transitorio, como si fuese una braza que espera sea reencendida. Ana corría por las veredas sin rumbo fijo, su intención era alejarse del lugar y evitar ser detenida. Un pequeño hilo de sangre aparecía en su frente.

XIV

Danza

A las once de la mañana, el cruce de Av. de Mayo y 9 de Julio era un infierno de vehículos y gente transitando como autómatas. Adolfo, como era su costumbre, colocó su mochila en una pequeña abertura sobre la pared de Av. de Mayo y la dejó custodiada por su perro para ocupar su lugar preferido en el cruce peatonal. Los semáforos le permitían ofrecer sus poesías a los automovilistas Su atuendo, es el mismo que usaba durante esos largos meses en la calle salvo: el cartel confeccionado en cartón que decía "poeta", "poesías de uno a diez pesos". En su pecho tenía colgado los tubos de vidrio en bolsillos de hule, especialmente confeccionado por él para que se viera su producto. Si bien algunos protestaban por el ofrecimiento tedioso, otros, pagan por curiosidad; los menos, por su literatura le gritaba un hombre desde la ventanilla. Ordenaba, mientras sacaba la mano ofreciéndole dos monedas. Adolfo trabajaba desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde; al mediodía si lograba juntar los diez pesos mínimos que tenía que sacar, se retiraba con su perro en búsqueda de salchichas gigantes con papas fritas que compartían. Que diferencia podía haber entre la comida de un hombre y un perro coronando el día de trabajo ?...una lata de cerveza. Era suficiente; los dos compartían un menú sentados en la vereda, con un paño preparado para simular el mantel invisible, donde dos platos de aluminio desgastados esperaban inicio de la ceremonia convertida en rutina.

A las cuatro y media comenzaban a caminar rumbo al Riachuelo. Ya no le interesaba la hora, o si era de día o de noche; el trabajo había sido productivo y le daba tiempo para pasar por el salón de baile de danzas clásicas, antes de regresar. Martes y jueves; misma rutina Esperaba esos días con ansiedad. El salón de baile de danzas clásicas daba a la calle; no eran las bailarinas enérgicas del taconeo Andaluz, ni las que rodean al bailarín del Moiseievsk que aparece de las alturas cayendo sin lesión y flexionando sus rodillas; nó, ellas danzan con delicadeza, con sensualidad acompañando un piano solitario ubicado en la esquina cercana a la ventana. Un ventanal amplio de vidrio polarizado dejaba un resquicio entre las cortinas colgantes y una madera, que tapaban la visión de los transeúntes, sin embargo, Adolfo sabía el lugar donde podía ver las muchachas dedicadas a la danza clásica con sus mallas de baile que les permitía movimientos y trabajos en la barra. Él tenía preferencia por una de ellas: la de pelo recogido que siempre estaba al final de la fila a la derecha. Era una hermosa mujer, alta, estilizada, con piernas perfectas y su busto firme. Sus movimientos eran para Adolfo perfectos; él apoyaba su ojo derecho contra el cristal siguiendo los movimientos de la bailarina. Pucho descansaba a sus pies.

Conocía el rutinario sendero al salón y también, la duración de la danza. Las muchachas también ubicaban al silencioso y curioso admirador y se burlaban de él cuando descubrían su rostro pegado contra el vidrio. Gritaban algunas en complicidad con el resto acostumbradas al admirador que todos los martes y jueves acudía silencioso al ensayo.< Seguro nos dejará una poesía> dijo una de ellas, como resultado de la costumbre de Adolfo que al terminar la función, empujaba la puerta de vidrio, entraba y dejaba en el mostrador, una poesía protegida en su tubo de vidrio cuyo destino eran las bailarinas. Él salía sin decir una palabra y presuroso, retomaba su camino al riachuelo llevando en su memoria el baile que le había ofrecido que gratificaba su vida. Ellas; antes de salir, sorteaban el poema con números que tenían preparado. Le tocó justamente a la muchacha que Adolfo contemplaba extasiado. La agraciada; Ana, la ex secretaria de un Adolfo que desconocía la bella anatomía de su ex empleada y que no había logrado reconocerla a pesar de verla dos veces por semana. Comentaban entre sí. Sin embargo, desconocían que ellas eran la savia que nutría sus fantasías cuando el poeta lograba capturar el sentido de la belleza; el placer, la tristeza y el dolor. El poeta vivía la pasión como si fuese el mensajero a la eternidad. Adolfo estaba sin quererlo inmerso en ese néctar. Supo también, que la poesía desnudaba su alma, y fue en aquel momento donde se vio frágil, humano y decidido a pesar de su tristeza, luchar por la vida.

XIV

La información

Ana estaba en la ducha, tocaba la zona donde había sido golpeada, dolía. La costra de sangre la quitó suavemente después de lavar su cabeza y liberar su piel de la tierra pegada. Quién diría que esa mujer fuese la secretaria de Adolfo Millamás Tod y que en su momento fué una de las mujeres más elegantes. Ana colocó su cabeza hacia atrás mirando caer una lluvia tibia de la regadera, dejó que el agua corriese por su cuello y por su cuerpo maltratado; sentía un placer infinito y un relajamiento de sus músculos que lentamente abandonaron su contractura motivado por los momentos vividos. Retoza. Imagina fugazmente como eran las bañistas de Muller; el bacanal de Tiziano; el baño de Pozzuoli, la Venus de Canova semejando la Diana de Botticelli. Enjabonó con suavidad su piel y envuelta en vapor, sintió un placentero alivio que la llevaba olvidar ese episodio de violencia. Había llorado al entrar en su casa, más que de dolor, de impotencia y bronca. Lo único que habían estado haciendo era defender sus derechos y su fuente de trabajo, pero una traidora acción represiva, había cubierto con golpes y gases lacrimógenos la pacífica manifestación considerada ahora, subversiva. Resuelta, tomó el toallón blanco y cubrió su busto y su cadera, peinó su cabellera mojada, la retuvo con una prensa de pelo dejando el delgado cuello libre. Resueltamente avanzó por el living, prendió el televisor para escuchar el resumen de noticias. Mostraban el operativo policial en forma completa, pero evitaban repetir episodios de violencia contra los manifestantes sorprendidos y los golpes con los bastones de goma. Ella no se reconoció en las imágenes, seguramente, porque había sido una de las primeras en ser golpeadas cayendo atrás del jarrón junto al cartel desplegado. Los bomberos apagaban cubiertas encendidas que lanzaban el humo negro, espeso, que huía del lugar hasta que el agua apagó las llamas y fué desapareciendo dejando un aire enrarecido. El comentarista político en voz alta y mirando a la cámara aseguraba <"Usted lo ha visto...estos elementos revoltosos de la sociedad, acostumbrados a vivir sin límites, han sido por suerte desalojados por las fuerzas del orden, luego que uno de ellos atacara con violencia a un policía, que pacíficamente había tratado de solicitarles que desalojaran la entrada de la empresa. Es una vergüenza, que el gobierno haya tardado tanto tiempo en realizar este operativo; pero nosotros y ustedes amigos televidentes estamos comprometidos con la paz y no con la violencia de esta gentuza mal educada y subversiva....creo a mi modesto entender, que la sociedad debería solicitar que el Gobierno coloque las fuerzas armadas para mantener el orden y evitar estas violaciones a la propiedad privada...">terminada su nota y mirando la cámara, pedía solidaridad a los televidentes.

Ana apagó el televisor y terminó de secar su pelo; lo peinó delicadamente y desnudó su cuerpo para colocarse el camisón blanco, a media pierna. Observó hematomas en sus muslos y también en sus senos. Pensó que las fuerzas de seguridad habían cambiado sus objetivos. El potencial represivo apunta ahora contra quienes reclaman sus derechos y protegen a quienes han concentrado la riqueza. Consideró injusto lo que ella había pasado. Apoyó su cuerpo en las sábanas que habían sido testigos de sus amores y desvelos. Sus manos buscaron atrapar los recuerdos de la pasión. Estaba cansada y dolorida. Trataría entonces de dormir

XV

Letras

Adolfo se preparaba para pasar la noche; era toda una ceremonia teniendo en cuenta que la luz desaparecía al caer el sol. La rutina diaria en la calle lo cansaba, pero no tenía otra alternativa que seguir

en ese lugar escondido de sus seguidores implacables que habían perdido hacía tiempo su rastro. No era para menos; viéndose como estaba, sucio, con la ropa deshecha y con el pelo y la barba desprolija era un bulto más en la avenida de mayo y un problema menos para la policía, que varias veces lo había llevado a la comisaría. Pero era tal su imagen de desamparo, que finalmente lo soltaban sin registrarlo. Le decían burlonamente "el poeta". Adolfo salía en silencio agradeciendo no haber sido identificado por sus huellas dactilares; por otra parte ¿de qué sería acusado? si él estaba trabajando vendiendo poesías. Pucho lo esperaba siempre en la entrada de la comisaría agachando su cabeza y dormitando sobre sus patas, es curioso como los animales escapan de las policías. Los pasos de su amo los reconocía a varios metros de la puerta; levantándose e inclinando su cabeza miraba la puerta ciega que al abrirse dejaba ver esa imagen triste y abandonada de un hombre buscando su destino. En la galería de "buscados" estaba él; prolijamente peinado, luciendo el último traje confeccionado por su sastre y sonriendo seguramente a la cámara de foto. Se vio ridículamente estructurado y pensó en la vida que llevaba; el desprecio que tenía hacia la gente humilde y sus acciones siempre despectivas a quienes se acercaban a pedirle una moneda. Ahora estaba del otro lado. Comprendió que la necesidad, es una enfermedad contagiosa pero incomprendida la gente. Acarició su perro y nuevamente salió caminando a buscar sustento. En esa tapera, con solo una pequeña vela gastada, acomodaba sus frazadas y la almohada cubierta por una tela desteñida y sucia que lavaba solo los sábados por la mañana en las aguas contaminadas del riachuelo. Ahora era parte de esas taperas de cartón, con desechos de muebles re juntados en los basurales; sin embargo, los consideraba como su fortuna más preciada. Sus amigos de desayuno, le gritaban desde sus humildes viviendas, la invitación para la mañana siguiente gritaban a un Adolfo silencioso. La noche dejaba que la oscuridad invadiera sus espacios, pero a su vez, permitía que la mente de Adolfo repasara velozmente lo transcurrido en el día; sus ventas, los rechazos de los automovilistas, los insultos, los desprecios y también los gestos cálidos de sus "clientes habituales" que entregaban unas monedas para llevarse una poesía hecha con lágrimas muchas veces y en esa soledad que la tapera le daba en las mañanas y atardeceres. Les decía a sus compradores cuando le preguntaban cuando escribía. Repetía mientras sacaba el tubo con el poema vendido para entregarlo con agradecimiento a su ocasional comprador. Esa mañana en su esquina, reconoció el automóvil de Ana a pocos metros; trató de disimular dándose vuelta, esperando que el semáforo diera paso al automóvil; pero Ana no solamente paró a su lado sino que le llamó para comprarle una poesía. Pidió Ana. Adolfo no se dio vuelta y entregó un tubo de vidrio mirando al suelo; Ana le extendió con su mano la moneda que cayó al suelo y tuvo que seguir viaje porque las bocinas de los automóviles comenzaron a presionarla para que siguiera su camino. Ana saludó tímidamente y se fue. Adolfo, dio por terminado el día laboral temiendo haber sido reconocido, buscó su mochila, la campera deshinchada y hostigó a pucho para que lo siguiera. Ambos emprendieron un regreso adelantado, mientras Ana, manejando miraba de vez en cuando el tubo de vidrio con un papel envuelto en su interior. Era curiosa. Ya sabía de este linyera poeta y confirmó también que era el mismo que acudía los martes y jueves a los ensayos del ballet. Uno de los semáforos de tres señales le dio tiempo para sacar la poesía de su estuche y lo desplegó por curiosidad; leyó detenidamente, al terminar, un estremecimiento la sacudió cuando reconoció la letra y rasgos de una firma. Sintió una repentina necesidad de parar en una orilla de la calle, le faltaba el aire, sentía una angustia inmensa y sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaba inmóvil. A partir de ese momento era ella la depositaria de un secreto. Adolfo estaba vivo y sabía donde encontrarlo. El día jueves había estado en el salón de baile y ella había sido sorteada con la poesía del linyera desconocido. Todas se habían burlado de las apariencias del vagabundo, pero al terminar de leer la poesía enmudecieron y obligaron a la agraciada a recitarlo en el estrado de la sala. Ana se esforzó por darle una lectura adecuada; a ella le inquietaba ese hombre sin conocerlo, así leyó: Espejos de la Vida

"Hay espejos que solo reflejan tu imagen/no la mía / Con huellas invisibles del querer / Con mudas imágenes que solo tú / Mujer de tibios encantos / puedes ver ante ese cristal biselado / como puede una imagen tan perfecta / recordar el pasado en maravillosos trazos / ¿Como es que puedes adivinar / también el futuro ?/ solo haciendo piruetas entre nubes / buscando la mirada más allá de las formas / encontrando colores diluidos en cántaros de agua / cayendo en

inmensas cascadas / festejando / orgullosas de sus vapores, que trepan / hasta la misma curva de esa caída majestuosa / llenando de rocío las hojas que se asoman / curiosas por salir adentro del mismo marco / del espejo que viaja flotando / en aguas / que buscan sortear piedras blancas y grises / que chocan / haciendo espuma blanca que cubre el cristal / empañando el brillo del sol / mirando al cielo buscando repuestas / simples /de tu partida/

La lectura de esa poesía la conmovía, tal vez, pensaba que su estado anímico la predisponía, pero también intuía algo más que no podía explicar. Durante todo ese tiempo en que el extraño visitante acudía regularmente los martes y jueves a observarlas, ella presentía que la mirada de ese vagabundo estaba en ella y, al margen de esa poesía que dejaba tímidamente en la entrada, quedaba un mensaje implícito en esa actitud que sabía estaba dirigido hacia su persona. Continuó leyendo, tratando de simular su intriga

De esa partida tan triste que pudo/dejar trazos tan firmes en ese espejo que viaja flotando/dibujando/ manteniendo atrapado el recuerdo de lo que fuiste / Secreto./Envuelto en hojas transparentes/ de poemas escritos en las noches de ausencias / con letras que danzan en/ la magia de una imagen que resiste el olvido del tiempo/ dejando que mis manos acaricien esas lágrimas/ cayendo tal vez, sin querer/ sin el permiso del dolor/ que lleva también el agua que cubre el espejo/."...

Al terminar su lectura, Ana se había sentido extrañamente nostálgica; pero no identificó su autor a pesar que ese sin nombre..... La había sorprendido. Sin embargo, ahora que estaba en la orilla de la calle estacionada; otra poesía con la misma letra y firma habían aclarado su intriga, ya no tenía duda alguna.

XVI

La pista

Habían pasado varios meses, desde aquel escape afortunado; los integrantes de la mafia, herida mortalmente en esa casa donde estuvo secuestrado eran naturalmente todos los que habían ingresado clandestinamente de esa organización. Los delincuentes abatidos ya no podían hablar; distinta era la suerte de los tres integrantes de la banda de narcos que estaban sentados en la vereda de un bar de la Recoleta, analizando su fracaso y la pérdida de pistas que los llevara a encontrar a Millamás Tod. Ellos pertenecían al cartel, radicado en Argentina, la muerte de sus compañeros y la falta de información sobre el destino de Adolfo había regresado el seguimiento a fojas cero El diálogo era sobre lo mismo; repetían lo hecho y si bien habían estado varios meses siguiendo nuevamente los principales colaboradores del ex presidente de la firma no habían encontrado rastro alguno. Adolfo había desaparecido y nadie aparentemente había tomado contacto con él. El seguimiento de la ex secretaria se había realizado prolijamente desde un comienzo; incluso, antes de capturarlo; sin embargo, sabían que ella no había tendido relación con Adolfo en ningún momento y menos aún cuando estalló el conflicto ante las mismas puertas de la financiera; su pista se había esfumado. En su momento varios meses atrás, registraron en tres oportunidades el departamento de Ana y colocaron micrófono en su teléfono y en cada habitación, incluido el baño. Todos los focos de luz estaban con sus micrófonos anexos. Aún así, estaban decididos nuevamente a tomar contacto con ella ya que habían detectado el nuevo domicilio y obligarla a que de alguna manera les diera datos para lograr ubicar a Adolfo. Decidieron visitarla al día siguiente. Los dos millones de dólares no aparecían y la figura de Adolfo se había diluido a lo largo de meses; pocos hablaban de Adolfo; la represión sobre los ex empleados había actualizado su caso pero ya no despertaba curiosidad en los medios. Las noticias escandalosas duran lo que tiene un suspiro. Lanzadas al aire se pelean por hacer las notas periodísticas todos los medios a la vez, pero al cabo de dos o tres días el caso perdía

vigencia y los medios de comunicación declaraban su muerte. Una noticia tapa la otra. Sobre todo cuando los escándalos políticos ocupaban el espacio dejado por las tragedias de la farándula. Los casos de IBM; las muertes sorpresivas de sus protagonistas y la voracidad de los cambios en la política, habían puesto un manto de olvido al caso Montamat. Todos los comunicadores sociales contratados, obligadamente debían especular sobre los temas más escabrosos para continuar su vigencia y también su trabajo; aún de aquellos "consagrados" que durante décadas mantenían intencionalmente una información dirigida hacia su propia ideología. Los medios ya no pertenecían a los periodistas sino a las empresas. Esta era una de las razones de los milagros que obtienen algunos para que el tema que pueda rozar a sus personeros, no tenga resonancia. Las operaciones de la mafia abarcaban justamente el control de dos grandes cadenas de radio, televisión y dos diarios influyentes. La orden había sido silenciar el tema y si reaparecía, tratar de cubrirlo con alguna noticia banal de la farándula. No podían permitir que la foto de Adolfo tuviera difusión, porque en realidad, las redes de sus informantes eran quienes tendrían que atraparlo nuevamente. Nada de policía. Estaban de moda los escándalos financieros de IBM y ahora ENRON en el mismo corazón de los Estados Unidos. Las coimas en el senado y el tráfico de influencias en los pasillos del ejecutivo y legislativo chocaban con un poder judicial complaciente. La organización mafiosa, había colocado sus hombres en los tres poderes como para no dejar un estamento del Estado libre de su control. Lo cierto es que decidieron visitar a la ex secretaria.

XVII

Ana estaba nerviosa, ansiosa y con el temor de confirmar una sospecha. La firma de las poesías era muy semejante a la de su ex jefe, aunque había algunas variaciones. Buscó en su escritorio algunas notas manuscritas de Adolfo, que habitualmente le dejaba en los adhesivos pegados en los documentos dándole indicaciones. La firma puede ser camuflada pero los trazos de las letras eran muy difíciles de disimular. Cotejando ambos descubrió que efectivamente era letra de Adolfo. No cabía duda alguna; las vocales eran prácticamente calcadas <! Es él! > exclamó en voz alta sentándose en el borde de su cama. Cerró los ojos y recostándose comenzó a comparar poesías con otras órdenes escritas. Leyó las poesías que el vagabundo dejaba en el salón de baile, que ella había guardado generosamente por piedad, más que por admiración. < Es él ! > repetía contenta con una felicidad inmensurable. Se levantó; fué hasta el living y se sirvió una copa de licor, buscó un número de teléfono esperando en vano la respuesta; era el contestador de su amiga que del otro lado del tubo requería que dejara su mensaje dijo en código. Cortó. Estaba radiante; cambió la música por su preferido U2 Wake Up Dead Man; se estiró delicadamente en el sillón y leyó las poesías una y otra vez. Pensando que era su secreto, y que debería ser cuidadosa en difundirlo; buscando a su vez, la forma como debería acercarse a su ex jefe evitando que fuese descubierta y fundamentalmente, que Adolfo aceptara su ayuda que estaba dispuesta a brindarle sin condicionamientos.

Repasó su baile en la escuela de danza y se preguntaba cómo es que no la había reconocido, o tal vez, no era a ella la que el linyera buscaba. Pero recordó que todas se colocaban el maquillaje blanco en el rostro sombreaban sus ojos con un gris oscuro, dibujando dos lágrimas en la mejilla derecha. Claro; con el pelo recogido, y la máscara, a quién podría reconocer ese hombre. Estaba segura que en realidad lo que él espiaba eran los cuerpos de sus compañeras que con la malla de baile daban el toque perfecto a sus curvas. Trató de recordar también el rostro de ese hombre buscando las imágenes que la retina almacena sin darse cuenta. Rearmó el cuadro de la tragedia en su empresa, recordó cada detalle de los procedimientos policiales y las pericias porque ella guardaba prolijamente los recortes de los diarios y sobre una foto de Adolfo, aparecida en los primeros días en los diarios comenzó a pintarle barba y aumentar el pelo en forma desprolija. Mientras más sombreaba la foto, más cerca del linyera poeta estaba.

Tuvo la certeza al finalizar su dibujo. No había dudas; era el fiel retrato del vagabundo convertido en un

poeta. A las 20,30 hs ya estaba arreglada, se vistió con simpleza; no era partidaria de joyas ni pulseras doradas con oros, pero sí mantenía una serena elegancia. Acomodó su pelo que estaba caído sobre su oreja derecha y dándole el último toque decidió salir a buscar a su amiga, que ya había confirmado su participación en la cena. Agregó en su cartera las notas y las poesías de Adolfo, retiró las fotos y guardó disimuladamente en un cuaderno abandonado en la biblioteca los recortes de los diarios. Repasó antes de apagar la luz cada rincón de su departamento que siempre dejaba ordenado. Abrió la puerta y salió por el pasillo solitario. El recorrido hasta Palermo no le disgustó; le permitió serenarse y escuchar música clásica. El piano de Chopin la sedaba. Paró frente a la casa de su amiga tocó el portero eléctrico y como repuesta su amiga salió sonriente, intrigada por la noticia. Ambas subieron al coche y buscaron su restaurante preferido, La Boca del Lobo. En el comedor, ambas consumieron su plato favorito, pastas a la crema y un buen vino que repitieron antes del postre. Ana explicó detalladamente sus sospechas. Estaban alegres y mareadas, Ana sugirió dejar el coche y pedir un taxi a las cuatro de la mañana habían consumido la bebida, la comida y se habían cruzado la información correspondiente. Su amiga propuso irse a dormir a su casa < Vamos a mi casa Ana> < Mañana podremos repasar la velada> sugirió riéndose. Ana aceptó gustosa, no deseaba estar sola.

A la misma hora que ellas cenaban y comentaban cada detalle del hallazgo; los tres mafiosos entraban en el departamento de Ana; sabían lo que buscaban pero dieron vuelta la biblioteca y su escritorio, abrieron las valijas y revisaron toda su correspondencia archivada. Nada. No encontraron un solo indicio. Revisaron uno a uno los cajones, el listado de los teléfonos; uno de ellos colocó micrófonos en un polo, lo pusieron en condiciones rezongando; guardaron sus pistolas y comieron todas las reservas del refrigerador. Dos litros de vino fino no resisten la espera. Luego; se llevaron algunas joyas antiguas, dos anillos y unos cientos de dólares guardados en un sobre. Preguntó uno de ellos a su jefe. Indicó este secamente mientras pasaba su pañuelo por todas las manijas de las puertas y cubiertos para borrar huellas digitales. La noche ya era cerrada, los tres hombres se acomodaron en el automóvil dispuesto a esperar la muchacha. Prendieron la radio, las noticias eran similares a todos los días, solo que ahora, el ex presidente Menem estaba fugado de la justicia en Chile y estaban investigando cuentas bancarias secretas en distintos bancos. La conexión Irán por el atentado a la AMIA regresaba al escenario político El tráfico de armas y el atentado estaban relacionados con otras causas que lo cercaban, era un prófugo de la justicia..... Comentó el jefe apagando la radio remató convencido de que su razonamiento era compartido por todos. Ellos asintieron sin pronunciar una palabra. La madrugada los sorprendió dormidos adentro del auto. La espera se había hecho interminable. Los despertó el golpe de los vidrios a las cinco de la mañana, los hombres de la empresa de limpieza le pedían retirar el auto para cepillar la calle. Corrieron el coche y uno de ellos bajó apresuradamente hacia el departamento de Ana, se dieron cuenta que esta mujer no había regresado porque la puerta mantenía el sello que ellos colocaron en la parte superior estaba intacto.< No volverá, se encamó con alguien> dijo el jefe mientras acomodaba el asiento de adelante. Ordenó.

XVIII

Adolfo se encontraba sobre el colchón parchado; su perro a su lado mirándolo sorprendido; la tapera tenía desplegada su puerta de tela permitiéndole ver con naturalidad el cielo estrellado; la brisa fresca y el coro de ranas llenaban el vacío del silencio; pucho, como era su costumbre custodiaba la soledad de su amo, apoyando su cabeza sobre sus patas delanteras y lo miraba en silencio. Adolfo acarició su lealtad< Es lo único que tengo...solo tú pucho> le decía resignado; razonaba dirigiéndose a su perro. Las noticias en el informativo de la noche no hacían mención de él, pero el escándalo en el Senado Nacional llegaba a

límites intolerables. El arrepentido Portancuarto, involucraba en el reparto del dinero a la SIDE, Ministros y al mismísimo presidente De La Rúa.

Los escándalos de las privatizaciones de Menem estaban en el cenit; María Julia Alsogaray a un paso de la cárcel y los negociados de las petroleras estallaban en el escándalo con prórrogas de concesiones anticipadas La cloaca de la corrupción Menemista y la del gobierno de la Alianza estaban al rojo vivo. Reflexionaba en voz alta Adolfo. Pero en realidad le preocupaba la mafia, la que de alguna manera lograría por fin encontrarlo. Ana era la carnada. Estaba dispuesto a todo y decidido a salir de sus lugares habituales al terminar su jornada de trabajo en la esquina habitual. Sus vecinos le habían pedido una poesía para la noche a cambio de una tira de asado. Adolfo no estaba en condiciones de hacerlo. Estaba preocupado, pensando que esos meses en la tapera y el anonimato le habían dado una tranquilidad que ahora terminaba.

Ana y su amiga chocaron sus cabezas cuando el despertador sonó, el instinto de apagarlo, les había producido un acto reflejo que terminó de enfrentarlas. Ambas rieron por lo ocurrido. Razonó su amiga tomándose la cabeza. Las dos padecían la secuela de una noche de bebidas, la cabeza estallaba, se levantaron para desayunar y tomar una aspirina. Ana desnuda fué al baño para ducharse, se miró al espejo y vio su rostro demacrado con unas ojeras marcadas. Dijo y se metió en la ducha caliente. Desayunaron haciendo comentarios sobre la cena, el restaurante y las novedades sobre Adolfo. Ana le pidió que la lleve a su nuevo lugar de trabajo y entregara las llaves de su automóvil estacionado al frente del restaurante para que lo busquen más tarde. Su amiga miró el reloj y le recordó. < Estás citada en veinte minutos en el juzgado !> Salieron apresuradamente terminando de arreglarse en el auto, el tránsito les dificultaba su traslado pero llegaron a tiempo. Ana bajó y saludó a su amiga. Esta no tardaría en llegar al domicilio de ella. Al hacerlo, le llamó la atención la cantidad de policías en la puerta del edificio y un grupo de curiosos mirando. Su amiga estacionó y se acercó al portero que la conocía < Ella no está > le comentó alarmado;< han encontrado su departamento abierto y prácticamente destruido>dijo apesadumbrado. < Pero nadie vió... ni sintió nada> La amiga trató de tranquilizarlo y le comentó que Ana estaba bien; que no regresaría hasta la tarde y que había estado en su casa toda la noche; dijo más sereno el portero. Ella subió al departamento con temor, entró sin dificultad porque la puerta estaba abierta y la cerradura rota, todo su interior estaba desordenado. Bajó y desde el auto en marcha llamó al celular de Ana. < ! No puedo decirte por teléfono! debes salir de la ciudad por un tiempo >Solo puedo anticiparte que han regresado a tu vivienda > < !Sí !, los mismos de antes....>

Adolfo preparaba los tubos de vidrio con sus poesías; < Las últimas> pensaba mientras colocaba una a una en su estuche transparente le decía a su perro. Cuando estuvo listo acomodó en un bolso verde de loneta sus pertenencias más necesarias por las dudas siguieran otro camino. < Después de lo ocurrido ayer ya no sé si vuelvo al Riachuelo> pensó y comenzó a caminar junto a su perro a su esquina de trabajo. Los automovilistas estaban nerviosos; los transeúntes mal agestados; la esquina seguía con su mismo ritmo, solo que esta vez, Adolfo acomodó su bolso en un rincón de la construcción a pocos metros del cruce y dejó a pucho para que lo cuidara; se colocó el chaleco con los tubos de vidrio y partió a ofrecer sus creaciones intelectuales a cada uno de los automovilistas que paraban con el semáforo rojo. Su trabajo era una rutina, ofrecía, vendía, entregaba y agradecía. El cobro pasaba al bolsillo reforzado con sus ahorros, el sol del mediodía estaba insoportable, Adolfo estaba resguardado por un sombrero estrellado de paja amarilla que atenuaba el calor Continuaba inquieto, el tránsito anárquico y la gente caminando acrecentaba su mal humor. < No es nuestro día Pucho> dijo en uno de sus descansos a su perro

XIX

Ana y su amiga se dirigieron al cruce de Avenida de Mayo y nueve de Julio. Esquina donde trabajaba Adolfo; pasaron lentamente dos veces. Era muy temprano, no estaba. preguntó su amiga; contestó Ana

segura. Sugirió Ana. Su amiga asintió, el tiempo apremiaba. Estacionó y comenzó a entregarle dinero, junto a los documentos del auto < Mirá. Estos son los documentos del auto.... y las llaves del auto....este dinero, para que puedas salir del país por la Triple Frontera y cuando dejen el automóvil lo haces en el ACA de Posadas; allí lo buscaré cuando me confirmes por teléfono tu llegada>. Razonó su amiga tratando de influir en la seguridad de Ana que ahora le temblaban sus piernas. Solicitó afligida su amiga. Mientras dialogaban, Adolfo había llegado a su esquina; las mujeres hablaban sin advertir la presencia del poeta Cuando Ana lo vio bajó apresuradamente del vehículo. Su amiga registraba esa escena, ella tratando de convencer al linyera que esquivaba su mirarla, Adolfo no dejaba de vender poemas en intervalos contestando con gestos de negación. Algo le hizo cambiar de actitud; Adolfo se dirigió hacia mochila, levantó su perro dirigiéndose bruscamente donde estaba estacionado el automóvil; parecía disgustado. Ana lo siguió, ambos entraron al auto. Su amiga se había retirado; arrancó en absoluto silencio y luego de varias cuadras paró en una calle desierta. Así lo habían programado, bajó y abrió el baúl extrayendo un bolso azul. Decía Ana mientras arrancaba nuevamente. Partieron buscando la autopista a Rosario. De allí; al litoral, hasta llegar a la Triple Frontera. El viaje requería un intermedio en Corrientes para descansar, bañarse y poner en condiciones al nuevo Adolfo; capaz de iniciar una nueva vida fuera del país.

XX

Los tres mafiosos regresaron al domicilio de Ana luego de comprobar que ella, había abandonado el juzgado. Estaba la policía con tres patrulleros y varios reporteros de radio y televisión transmitiendo en directo. Bajaron disimuladamente confundiendo con los vecinos ávidos en noticias frescas. Uno de ellos era entrevistado cerca del Jefe del grupo: decía la vecina compungida repetía sollozando< salieron cuatro hombres negros del edificio con una bolsa en sus manos...creo que era un cuerpo sangrante> preguntó la periodista asombrada comentaba otra La periodista dió por terminada la entrevista y mirando a la cámara se dirigió al público televidente: afirmó triunfante de su versión y de poder llevar la responsabilidad a las autoridades nacionales. Finalizaba exultante bajando el micrófono. El camarógrafo bajando su equipo del hombro descansó y le preguntó cómo sabía que era una mujer sangrante la que estaba en la bolsa. Ella contestó contestó evitando mirarlo a los ojos. Los mafiosos que estuvieron circunstancialmente al lado de la periodista en ese reporte, se retiraron. Estaban confundidos., preguntaron entre sí disgustados mientras iban lentamente hacia el automóvil; ellos no habían intervenido. Optaron por retirarse con disimulo y con ese interrogante

Adolfo y Ana llegaron a la triple frontera sin inconveniente, ambos con el pelo cortado y teñido; anteojos negros y ropa deportiva. Un bolso para los dos y Ana con una cartera de cuero cruzada al cuerpo. Estaban haciendo la cola en la oficina aduanera; un salón con ventanas abiertas y un escritorio en el fondo ocupada por un militar que accedió a sellar sus documentos luego de aceptar unos pesos colocados adentro del documento de Ana preguntó el oficial contestó apresuradamente Ana recibiendo los documentos y agradeciendo la atención. Preguntaron donde se tomaba el ómnibus a Marilia. El oficial señaló entonces la esquina que estaba a dos cuadras. Allí fueron presurosos, esperaron un transporte con destino a Maringo, Londrina, Ourinhos y Marilia. El calor apretaba y la humedad pegoteaba la ropa a sus cuerpos. Tomaron agua mineral en cantidad y subieron al transporte a los codazos en una lucha por ocupar asientos. Las gallinas, los canastos de verduras y frutas y los bolsos de viajeros ocupaban los pasillos y los portaequipajes. Ana era consciente del paso que había dado, pero estaba reconfortada de estar allí, aún en esas condiciones que rozaban ya la trama de una aventura. Su piel humedecida contactaba con la de Adolfo, sentía un estremecimiento profundo donde ella retozaba; era parte de sus sueños fantasiosos en esa reprimida historia que la había mantenido tan cerca de él, como de sus insultos y desprecios; pero reconocía, que su interés permanecía fresco, diáfano y a veces, salaz. Permanecía fiel a su instinto, ciega a la razón. Era la primera vez que se mostraban juntos ante un auditorio de personas extrañas; sin

embargo, los unía esa complicidad, que orillaba el pecado, deseada por ella en silencio. En una de las paradas almorzaron una Feijoada. Aclaró Adolfo mientras le ofrecía leche de coco. Adolfo, bañado, distendido y con buen ánimo comenzó a mirar a su ex secretaria con detalle Sus piernas perfectas; busto exuberante que resaltaba en su blusa entreabierta. La boca rellena con labios sensuales y a pesar del pelo teñido mantenía un orgullo distinguido. Se preguntó cómo no se había dado cuenta de su belleza y por qué nunca la había invitado a salir. Se preguntaba si la ceguera es el vicio del hombre. Ella apareció en el momento más difícil aportando un camino de libertad; brindaron con cerveza por el futuro aunque no sabía ninguno de ellos cual sería. Se miraron por primera vez con ojos desconocidos curiosos y desafiantes; esculcándose mutuamente los secretos de sus almas. Una de las pasajeras, jóven de atuendos livianos, comenzó a bailar en la punta del pasillo al compás de música carioca. Sugirió Ana al oído de Adolfo. El viaje fué tormentoso, pero en ningún momento hubo control de pasajeros a pesar que viajaban varios extranjeros. Ellos viven la música, sueñan y se alimentan con ella; Adolfo y Ana se tomaron las manos en un acto cómplice nacido de la espontaneidad. La vegetación que iban dejando atrás se espesaba en la medida en que entraban en la selva. Durante el viaje llovió sin parar tres horas, el agua entraba por las ventanillas y todos festejaron su ropa mojada. Fué el momento en que el calor cedió para entrar a un atardecer fresco adornado por relámpagos y truenos. Finalmente llegaron a Marilia. Se despidieron de los otros pasajeros con quienes hicieron amistad y compartieron una comida. Bajaron el bolso y por una calle de tierra solitaria caminaron hasta los faroles encendidos de una casona vieja que decía Hospedaje. Tenía varias cabañas en un terreno abierto donde la vegetación multiplicaba su frondosidad; la fragancia de las flores daba el marco perfecto al descanso. Los monos lanudos y los pájaros mineros se multiplicaban, el coro de ranas se mezclaba con los olores de los tapires ahumados. Tomaron dos tragos largos y entraron a la cabaña con una excitación extraña. Ambos se encontraban por primera vez solos; sabían lo que esto significaba. Ana estaba predispuesta a entregarse a un Adolfo reacio a mostrarse. Su primer beso despertó los instintos de las bestias.

La noche dejaba que una constelación de estrellas bañara el sitio y los ruidos de la selva hacían mezclar el coro de las ranas con los diálogos de los animales que iniciaron el mensaje. Una luna llena pintada de plata en el fondo del cielo brillaba. Dejaron el bolso encima de la cama matrimonial y no pudieron esperar que las palabras ordenaran lo que el deseo ya había establecido. Adolfo tomó de los hombros a una Ana rendida, cálida, tierna que permitió aproximara el cuerpo y los labios de un Adolfo desconocido; sintió un estremecimiento gratificante y comenzó a quitarse su ropa con suavidad y sensualidad. Adolfo miraba extasiado, pensando que esa ceremonia había quedado por tanto tiempo olvidado que ahora tenía un significado distinto. Se sentía vivo, nuevamente querido y deseado. El cuerpo de Ana, desnudo e incitante estaba sobre la cama, en espera de su voluntad quebrada por el deseo, quitó su escasa ropa y se tendió al lado de Ana que lo miraba profundamente. Ambos encontraron un lenguaje de movimientos; una cadena de caricias que llevaron sus almas a lugares desconocidos; un diálogo del deseo completo y mientras sus almas comulgaban el recuerdo y el futuro, sus cuerpos atraparon los impulsos del sexo. Se amaron largamente, sin pausa, con descansos ínfimos, con gemidos de placer y con palabras inteligibles al oído descarnado. Tejieron una comunicación plena y el sudor de sus cuerpos ahogaron sus almas. La pasión nutrió una imaginación dormida que al despertarse desató nuevamente el deseo. Exhaustos, encontraron la danza de sus manos escuchando una música melodiosa que hacía de sus manos las danzarinas del ballet en donde Ana, era su protagonista. Sus brazos adosados permitían movimientos acompasados, liberando sus manos que esculpían figuras delicadas persiguiéndose hasta entrelazar sus dedos en una fusión mágica, casi perfecta. Adolfo acariciaba el cuerpo desnudo de Ana, recorriendo sus caderas y sus contornos; cincelando su belleza. Por primera vez se sentía un escultor privilegiado. Luego entraron en ese túnel del descanso, relajando sus cuerpos que no permitían a la voluntad ser separados entrando en un sueño que solo repara el esfuerzo, sin alejarse de la maravilla del encuentro.

XXI

Un jovencito de Burkina Faso, tocaba una canción melancólica con una flauta doble de Puno. La vegetación exuberante; el calor y la humedad sumaban el trinar de los pájaros que cantaban como nunca lo habían hecho. La majestuosidad del lugar superaba la expectación de cualquier visitante; ellos arribaron en una de las tantas barcas que confluyen del Brasil y del Perú. Construida en madera y pintada en cuatro colores se mostraba majestuosa y desafiante, sus dos pisos permitían a los viajeros sentarse en los pasillos de las orillas o colgar sus hamacas mientras navegaba en calma por el río Huallaga. Desde popa divisaban barcas con frutas, madera y productos alimenticios llevados para comerciar. Otros, llevaban plátanos, cajones de cerveza y cientos de cajas de huevos de gallinas. La variedad de frutas le daba un color especial al escenario. No en vano, navegaban confluyendo al segundo río más grande del mundo después de Nilo: el Amazonas; 6.500 Km. de recorrido cruzando cinco países. En sus orillas, habitantes viviendo en chozas de madera levantadas sobre pilotes desnudos. Adolfo, Ana y Pucho, desembarcaron en un puerto hecho con troncos atados con largas fibras de vegetales flexibles de la selva. Caminaron atravesando una población que vivía de las maravillas del río; las calles de tierra aplastada por lluvias le daban un color ceniza, mezclada con raíces y hojas descolgadas. Era una calle de lujo de colores fuertes y la humedad se pegaba en la piel como si fuesen las sanguijuelas de los ríos. Pasaron por el mercado que ofrecía alimentos, frutas y todo tipo de bebidas espirituosas y afrodisíacas como los rompe portones o siete raíces de color oscuro y amargo ; almorzaron a gusto un buen plato de Juanes, que consistía en arroz con pollo envuelto en una enorme hoja verde cocida. Pucho también tuvo su plato y luego descargaba su ansiedad corriendo de un lugar a otro. Ana estaba extasiada, Adolfo transformado. Encontraron una pequeña cabaña a unos doscientos metros de la calle principal casi bordeando el río. A sus espaldas; el pantano mágico entregado al juego del agua transformada en cristales y espejos galardonados con lianas y ramas que se descolgaban entre las luces de una vegetación impresionante ; los árboles que se elevaban buscando un cielo mientras cientos de. Lianas se descolgaban como collares cayendo con una dignidad notable. La cabaña de caña, levantada del piso por cuatro pilares de madera por temor a las alimañas y las crecientes del río, permanecía atenta; las cortinas sueltas blancas, con movimientos tenues de una brisa suave, las desplazaba una y otra vez, despertando sus sueños. Una cama rústica abandonada con un colchón y dos hamacas de sogas colgando de uno a otro poste, completaban el mobiliario. Ana dejó el bolso sobre la cama, fué al baño en búsqueda de una ducha de agua fresca, abrió el grifo y llamó a Adolfo. Él estaba en las orillas del pantano, admirando su belleza, no la escuchaba. Ana se bañó y luego con su cuerpo mojado se colocó un vestido de género color blanco, de hilo suave, entretejido y fresco y adornó su cabeza con flores de Yemanyá entretejida en su pelo; el escote dejaba florecer las raíces de sus senos firmes. Descalza salió de la cabaña y bailó con los ojos cerrados, casi de memoria; escuchando una música de ritmo de Scolas de Zamba dejando que su cuerpo escribiera poesías al moverse. La lluvia no tardó en lavar nuevamente su encanto, mientras ella seguía bailando llevada por sus instintos y la gracia de sus danzas. Adolfo que había notado su presencia desde lejos, miraba extasiado esa mujer, había encendido nuevamente sus sentimientos. Inmediatamente vió en ella, la mujer que bailaba en la escuela de danza. Su pelo mojado, recogido y su figura esbelta hacían maravilla en su memoria. No podía contenerse y ante tamaña atracción, abandonando la orilla del pantano acudió presto para entregarse a los brazos de esa mujer que ahora sí, abriendo los ojos y mirándolo fijamente lo envolvió en el ritmo alocado de una danza, transformada en un desafío. En esa tierra fértil; inundada de agua de lluvia, los amantes abrazados, besándose con la pasión del encuentro, estallaron al deseo cayendo en el barro cálido que los envolvió y allí, en esa naturaleza brutalmente bella, sus cuerpos se fundieron sin piedad; sin límites. Es la lluvia de esa selva, la que los elevó a esos lugares que solo el placer puede descubrir. Al atardecer, con un coro de voces misteriosas de animales multicolores. Ana llevó una poesía que le había dejado alguna vez Adolfo en la academia de ballet y la colocó en una botella vacía. La transparencia del vidrio permitía aún ver las letras de ese poema que tanto la había conmovido y acercándose a las orillas del río, lanzó la botella que a pocos metros comenzó a flotar deseosa de conocer otras latitudes en un viaje sin regreso. Fué en ese

momento que Adolfo le preguntó que poesía era y ella le dijo "Letras Sin Nombre". Contestó ella mientras iniciaba el recitado del poema de memoria.

" Escribo palabras en el agua / con letras que flotan / algunas / se hundieron / en el lecho del río / Fui a buscarlas/ pero al levantarlas / se fundieron en la arena / Buscando repuesta / me quede sin preguntas / He soplado letras al cielo / haciendo palabras imaginarias / Algunas volaron Atrapadas / en las nubes / Otras, otras cayeron / fundidas en el agua / buscando repuestas / me quede sin palabras / Juntando las letras / Unas, se olvidaron / Otras. Otras se escribieron / pero no puedo leerlas / porque no tienen formas / buscando repuestas / me quede sin preguntas / en el agua / soplando palabras" Adolfo la observaba admirando el bello tono de su voz y el delicado movimiento de sus brazos que acompañaban el recitado extasiado de tanta belleza. La noche inexorable los había envuelto, su gigantesca quietud se ornamentaba con una lluvia de luciérnagas buscando posarse en las plantas acuáticas mientras las ranas diminutas y fosforescentes, transitaban alertas ante las pupilas rojas de algunos caimanes ocultos entre los follajes esperando su presa.

XXII

Preguntaba Adolfo acostado al lado de esa mujer que había despertado nuevamente sus instintos y sus sentimientos. Ana lo miraba sorprendida de sus reflexiones, como si por primera vez, alguien le planteara en profundidad los interrogantes del alma con esa frescura que solo la tienen quienes transitan los caminos de la soledad, descubrirse amante vivo, casi indivisible, orgulloso y potente no era poca cosa en ese diálogo íntimo desatado en esa majestuosa naturaleza salvaje Adolfo estaba preso de ese estado de plenitud, propio de aquel que ha hecho el amor con intensidad. Miraba un cielo encapotado de nubes que descargaban esa lluvia mansa propia de zonas tropicales. Tormentas que sorprenden por la velocidad de su fugaz aparición y generosidad; un antes y un después, revuelto en un silencio definitivo e irreversible. Sus palabras brotaban firmes, dignas, aún cuando no alcanzaban a escapar de sus propios temores que le habían hecho muchas veces renunciar a mantener una relación estable y definitiva. Ella y él, acostados mirando un infinito cielo con sus manos entrelazadas simulando con sus brazos adosados por la magia, la danza de los conejos. Ella recostada ahora sobre su pecho desnudo, solo atinaba a vivir ese momento de gloria. Contestó Ana convencida de haber conquistado ese hombre sabiendo que esa relación no sería permanente. Ella había sentido en su vida esas explosiones del alma y pensaba que generosa es la vida que a uno le ofrece vivir esas tormentas, mientras que a otros les prohíbe su encanto No podía tampoco desnudar sus sentimientos, porque lo suyo era más que una confesión. Lo separaban sus propias historias y los unía temporalmente el final de una de ellas. Ana soñaba una eternidad; Adolfo el momento. Esa tarde estuvieron tendidos en el barro húmedo, desnudo, pintado de naturaleza, mutado y pleno. Sabían ambos que el día terminaría en pocas horas y que la permanencia de ella estaba signada por la fatalidad del regreso. Adolfo quedaría en esa selva mágica. Ella en el cemento de una ciudad. La noche estaba escondida de luces con unas pocas velas encendidas en recipientes de vidrio. Se amaron con fuerza inusual hasta que el amanecer les pidió la clemencia del descanso. Eran dos cuerpos exhaustos, dormidos en un sueño en común. El silencio se confundía con el sahumero encendido que dejaba caer las cenizas como si fuesen copos grises. Una complacencia obstinada los había atrapado. Había llegado el fin. El Aeropuerto era pequeño, las avionetas subían y bajaban con una facilidad sorprendente, ellos estaban acostumbrados a los aviones de gran porte; ahora, veían la rutina de avionetas de no más de diez pasajeros. Ana embarcaba sola, llevándose el recuerdo de esos días de viaje y pasiones como el regalo de su persistencia. Soñando que la botella viajaba por el Amazonas salvaje protegida por un cristal transparente que permitía leer poesías en forma incompleta para llevarlas a las profundidades. Palabras sagradas de un poema inmortal. Los altoparlantes llamaron para embarcar en la puerta dos. Decía Adolfo resignado mientras acompañaba la mujer tomado su cálida mano. El final del pasillo produce una

despedida anunciada; un desgarró de ese encuentro con una promesa que no permitía fijar fechas a un futuro incierto. Adolfo entregó el bolso y tomando la mano derecha de Ana le colocó en su palma un objeto pequeño que no dejó que ella viera. Le pidió Adolfo tomándola ahora de sus hombros y besando sus labios. Ella apretó su mano y salió por esa puerta que separaba ambas vidas sin saber que el tiempo sigue latiendo. Sonrió y cuando subió las escalerillas para entrar en el avión abrió su mano derecha y encontró en ella un caracol con una pequeña mancha negra en su cascarón y un papel delicado con una poesía escrita por Adolfo en su última noche del pantano que decía : MANOS Y CUERPOS Danzan ¡Sí.. ! Danzan / Cuatro manos adosadas como capullos / Platinadas con luz de luna / Danzan interpretando / romances de Beethoven / con balanceos suaves.....entrelazando dedos / tejiendo un encuentro / Sin prisa / Danzan.....!Sí ! ...danzan / Cuerpos juntos húmedos de esfuerzos / Ahora....fundidos de piel /

Ana suspendió la lectura. Estaba confundida, notaba que su corazón se había desatado de su voluntad, pero tenía un resentimiento contradictorio que no podía superar. Siempre había tenido en su vida los objetivos claros y su lucha muchas veces hechas en soledad, le había costado mucho esfuerzo para lograr sus metas y no estaba dispuesta a relegarlas. Continuó leyendo, sabiendo que le afectaría, pero estaba consciente que era la última vez que leería esa poesía.

Deslizando sus brazos / Escuchando el nostálgico violín / que llora alegría / Llevando en sus notas....pianos / teclas.....silencios / atrapados por los sueños / Enlazaron.....otra vez sus dedos / Tibios.../ Platinados de luna / para que sus latidos...acudan / a sus cuerpos exhaustos / envueltos de placer consumado/ Danzan.....!Sí !...danzan /buscando encantos mágicos....invisibles / mientras.... aguas serenas / cubiertas...en tenue sabara / invadan crepúsculos naranjas / olvidando sus nenúfares / Acudan los perfumes de la noche / asomándose por una ventana / desnuda de cristales....entrando / Danzando.... luces del ocaso / atrapando los amantes / con figuras que flotan

Recordó Ana fugazmente la imagen del Adolfo despótico, soberbio y cruel. Pensaba que no podía ser este hombre el que ahora escribiese de esta forma, recordaba sus gestos, sus insultos y sus desplantes. Las imágenes aparecían con velocidad inusitada desplegando la magia de la memoria

/ Fantasías....que descansan / en lecho tibio...húmedo / Danzan.....!Sí !...danzan / Sueños en espacios contagiosos / Con párpados cerrados...huérfanos de tiempos / Llevados con el vuelo del águila / sobre nubes caprichosas que escapan / dibujando figuras intensas /de vida / Los amantes juegan / buscando leyendas en gramillas verdes / Imaginan.....aguas transparentes.....frescas / bañada por intensas cordilleras...de colores / Pintando....el baile de conquista / Danzan...son conejos blancos / en rituales de luz.....que inician el día / despidiendo una noche....con Arlequines / atrapando un manto de rocío fresco / para cubrir cuerpos desnudos / vencidos por los sueños / Danzan.....!Sí !.....danzan / Frenéticos... .. manos y cuerpos / Sueños y nubes en el orgulloso lecho / Danzan....!Sí !..Danzan / Manos y cuerpos sin pausas ...sin miedos / Flotando en sublime atmósfera / capturada por un Monet / Mientras una Olympia desnuda / Sueña.../y...yo..../vivo.

Ana se dió vuelta, buscando los ojos lejanos de Adolfo que desde la sala de embarque seguía con precisión cada detalle de su alejamiento. Levantó la mano cerrada en un puño atrapando el caracol y el poema, que luego llevó a su pecho como queriéndolo incorporarlo a su piel desparramando una expresión de agradecimiento a esa imagen que la miraba atrás de un cristal con su rostro conmovido. Ya en avión, sentada colocándose el cinturón de seguridad; Ana sollozaba sin pena, no sabía si de felicidad, tal vez por haberse permitido esos momentos de impecable ternura; o por una desgarrante lástima del engaño, su mano derecha apretó con fuerza el caracol, que estalló en su palma sin que nadie, salvo ella lo sintiera Mientras carreteaba la avioneta tomó el periódico que se ofrecían del asiento delantero. Lo desplegó y una noticia inquietó su corazón..

"Se confirmó por dos peritajes que la muerte del Gerente general de la Empresa Metall S A Fué por suicidio. Las investigaciones detalladas del departamento de defraudaciones, demostró que ese hombre estaba relacionado con manejos de fondos del narcotráfico en cuentas a su nombre en las Islas Caimán...el ex presidente actualmente con destino desconocido ha sido sobreseído de la causa".....Al lado de esa información aparecía otra con la foto del ex empresario de IBM ; colgando de una soga y el título "Fué asesinado "

Levantó vuelo el pájaro metálico. Mientras más lejos de la tierra estaba; más pequeña se veía; se preguntó Ana regresando al silencio y mirando los restos del caracol que yacían en el suelo. La mancha dibujada por la naturaleza en el capuchón había desaparecido. Ella también.

XXIII

La avioneta desdibujada en las nubes, desaparecía volando progresivamente entre capas que remedaban algodones blancos. Ana estaba segura que ahora tendría que evitar encontrarse alguna vez con ese hombre. Estaba confusa y por primera vez, insegura de sí misma. Apoyó su cabeza en el respaldo y cerró sus ojos tratando de relajarse, el vuelo no tuvo inconveniente a pesar que era la primera vez que volaba un Metro III de pocas plazas. El traslado al Aeropuerto de Sao Pablo coincidía con su vuelo a Buenos Aires, solo debería esperar 10 minutos en sala de embarque. El regreso de Ana se había realizado sin inconvenientes; ella descansó durante el trayecto envuelta en recuerdos de vivencias de ese momento correspondido. El arribo al aeropuerto del vuelo intermedio había arribado con un horario correcto. Recordaba que la despedida la había conmovido, pensó que tal vez lo vivido había sido lo justo y esperado; pero tenía el presentimiento y casi la certeza que de ahora en más tendría una vida distinta, holgada y por primera vez: sin temores. Abrió su cartera y en su libreta de direcciones buscó el teléfono de Inés; su amiga de Buenos Aires. Tenía que llamarla no bien cruzara los salones vip's del aeropuerto para programar un encuentro clandestino. Desde su partida no había tenido noticias del estado en que se encontraba su departamento saqueado y si había recuperado el automóvil abandonado en Misiones. Tampoco había tenido noticias sobre sus perseguidores. Recordaba sí, esa noche de bebidas y luego la compañía compartida. Era su amiga entrañable. Anotó en un papel el número del celular y lo colocó en el sobre del pasaje quedando a mano en su bolsillo externo. Luego estiró sus piernas reclinó el asiento y trató de relajarse. Una azafata; hermosa ella y gentil especialmente con Ana, le había asistido durante todo el trayecto. Era innegable la simpatía mutua y poco antes de llegar a Buenos Aires, le trajo un copetín con gancia y campari batido elegantemente presentado en una pequeña bandeja de plata posando la copa en una servilleta de papel; despertó a su pasajera con delicadeza, Ana agradeció la atención. La azafata le previno que cuidara de no mojar la servilleta y se retiró desplegando toda su sensualidad y simpatía. Ana; acomodándose en su butaca tomó el batido fresco, saboreó el Gancia y con la otra mano rescató la servilleta. Posó el vaso en la bandeja suavemente luego de probarlo y paladarlo. Abrió la servilleta y con letra muy clara había un mensaje que decía: "Ana : como lo pensamos, fué catalogado de suicidio; los fondos se rastrearon pero sin dar con el millón de dólares que tenemos a buen resguardo; a su vez, encontraron fondos en cuentas personales a nombre del propio gerente en las Islas Caimán(él también jugaba sucio). Los mafiosos huyeron del país, porque fueron individualizados. Nos vemos en lugar convenido". Un beso: Inés.

Ana terminó de beber el copetín, la invadía una sensación placentera y triunfal. Miró su reloj, faltaban quince minutos para aterrizar ; lo suficiente como para reclinar el asiento, cerrar los ojos y repasar con detalle del episodio sucedido en la empresa el día en que Adolfo huyó por la puerta secreta de su

despacho. La información trasladada en la servilleta cerraba por suerte el caso de Adolfo Millamás Tod en forma contundente. Y recordó los detalles del operativo que ellas prepararon:

"Dos horas antes de la llegada de la policía; Inés le había hablado por teléfono para decirle que tenían que rescatar el disco rígido de la computadora del gerente, porque era el único lugar donde había quedado registrado el movimiento de cuenta donde ella, firmaba el traspaso del millón de dólares, simulando la firma de Adolfo. Ana le explicó que sería muy difícil lograrlo, porque la situación estaba muy tensa y Adolfo estaba encerrado en su escritorio con los responsables del área financiera; Inés se ofreció entonces para hacerlo y le pidió una urgente entrevista con el Gerente, con quién ya había tenido una relación amorosa hacía dos meses permitiéndole ingresar en su despacho y lograr la clave a las cuentas secretas; esto le permitió efectuar rápidamente el traspaso millonario en forma automática. Ana consiguió que el Gerente la citara al mediodía. Inés entró al edificio en la hora del almuerzo, habitualmente abandonada por la guardia para cumplir con la rutina de su alimento. Nadie en el mostrador. Apuró su paso y llegó hasta el ascensor que estaba en planta baja, previo a esto, con un Spray incoloro de silicona roció el lente del equipo de filmación que estaba en la esquina derecha simulando un adorno. Ellas sabían que era el registro fílmico diario de la guardia; con el ascensor libre y a su disposición marcó el piso en la botonera, arregló su peinado mientras subía porque su peluca se había desplazado levemente, limpió sus dientes levemente manchados con ruge hasta que la puerta se abrió. La silla vacía de la secretaria confirmó que el gerente la recibiría a solas; tal como lo habían convenido y era su costumbre. Abrió la puerta y se encontró de frente con él. Se lo veía alterado. Su rostro estaba desencajado; su frente transpirada, lustrosa, los papeles inundaba su escritorio desordenadamente. Ella se acercó lentamente midiendo las reacciones del hombre que trataba de ser gentil, pero que se notaba ajeno a cualquier acto amoroso. Acercó su boca y lo besó cálidamente. Él se incorporó bruscamente luego de abrazarla la saludó protocolariamente. Inés notó la distancia y su frialdad, de manera que optó por desplegar sus habilidades femeninas para aflojarlo consiguiéndolo en pocos minutos. El, besándola la acercó a sus rodillas donde la sentó mientras trataba de desprenderle los botones del traje sastre. Inés dejó que el hombre avanzara hasta que en un momento dado se incorporó, abrió su cartera y extrajo un revólver 38. Sin decir palabra llevó rápidamente el cañón a la sien derecha; él, absorto, poco pudo hacer al ser sorprendido y el gatillo produjo la salida del plomo que destrozó la sien de su amante. El gerente murió instantáneamente; Inés, tomó su pañuelo limpió cuidadosamente el gatillo y las cachas del revólver y le colocó en la mano derecha aún tibia del empresario que sangraba el revólver. Acomodó el sillón y al hombre que aún permanecía sentado apoyando su cabeza en el escritorio, apretó la mano de él en el mango del arma y su índice, en el gatillo produciendo un segundo disparo sobre un recipiente de masilla sintética; pensó. Recogió una 32 del primer cajón que siempre tenía él para defenderse y la guardó en su cartera. Con un destornillador rápidamente extrajo el disco rígido de la computadora Cumplido su cometido regresó rápidamente al ascensor, bajó los pisos ansiosa y salió del edificio sin que la guardia descubriera su presencia; antes de salir del ascensor limpió el lente opacado con la silicona. El trabajo estaba cumplido; en solo 18 minutos y el secreto de ella y Ana protegido. Desde un teléfono público llamó a su amiga para decirle en clave que la "encomienda" estaba ya en poder de la empresa. Inés hablando de un teléfono a pocos metros de la puerta de la empresa, se paró para mirar con curiosidad los autos policiales que llegaban a la empresa pocos minutos después que ella abandonara la entrada por la puerta principal, jamás pensó que su plan podía fallar pero se dió cuenta de que por minutos, pudo haber sido sorprendida cuando mataba a su amante. Tocó su cartera de cuerina y certificó que el disco rígido estaba en su interior. Salió caminando con tranquilidad, mezclándose con los peatones que deambulaban en la vereda".

Ana, recostada en su asiento y con los ojos cerrados recordaba todos esos detalles que Inés le había contado y sonrió. El plan, a pesar de haber sido elaborado con rapidez e improvisación había dado resultado. Una abultada cuenta en dólares en el exterior esperaba. Exultante, abrió sus párpados, se incorporó y miró el pasillo; vió que la azafata estaba guardando las bandejas para dejarlas listas en el aterrizaje, se levantó y caminando lentamente se fué acercando a ella. En un comienzo la azafata no había

notado ese movimiento hasta que sus miradas se encontraron Ana preguntó disimuladamente por el baño. La azafata entendió el mensaje y ambas entraron rápidamente estrechando sus cuerpos y sellando su encuentro en un beso prolongado y apasionado; ella salió antes regresando a sus tareas; Ana estaba satisfecha. Su encuentro con Adolfo había tenido los ribetes de dos amantes unidos por un dolor y un presunto amor; pero ella tenía bien claro que su verdadera pareja no era él y que su amor había finalmente encontrado su corazón Pensó en ella hasta que autorizaron a los pasajeros para levantarse y descender, la despedida fué cordial simulando no conocerse, casi protocolar ella estaba deslumbrante. Sabían dónde encontrarse. Fué su despedida y le agradeció el mensaje que le había entregado de Inés... Ana en paz, con Inés debería encontrarse el fin de semana en una cabaña que ya habían alquilado en las orillas del Mar. Todo lo demás, se transformaba en un pasado superado Se debían una semana de descanso y de amor. También programar su futuro definitivamente en el exterior. Desde el salón de ingreso al Aeropuerto, Ana llamó por teléfono a Inés; le pidió eufórica, y cortó. Fué al bar luego de pasar al baño para asearse, maquillarse y refrescarse. Inés tardó media hora en ingresar al Aeropuerto, buscó a su amiga y luego de tomar un refresco partieron juntas a la cabaña alquilada. El viaje fue tranquilo y pararon para almorzar en un restaurante sobre la misma ruta Brindaron con champaña como correspondía luego de haber atravesado situaciones difíciles e incómodas. Inés le comentó que el vehículo fué retirado sin inconvenientes y luego lo vendió en una casa de repuestos. Ana le comentó su viaje y también su aventura amorosa tratando de no despertar los celos de esa mujer y descalificando a un Adolfo ingenuo que había quedado encerrado en una zona bastante aislada e incomunicada. Le comentó también que había logrado algunas infidencias sobre negocios ilegales dando nombres de algunos políticos a los cuales podrían más adelante extorsionar, de cualquier manera tenían su depósito accesible sin ningún inconveniente ya que contaba con su sola firma para extraer los dólares en forma independiente. Ambas sonrieron y brindaron.

Veinte días después; en ese mismo Aeropuerto, los compañeros de Inés, hacían una manifestación en los pasillos con una inmensa pancarta que reflejaba fielmente el rostro y parte del hermoso cuerpo de Inés. En borde inferior tenía una leyenda "pedimos Justicia". Inés había desaparecido sin causa alguna; nadie podía encontrar su paradero y menos aún sus restos.

Ana y Magdalena, la azafata del mensaje clandestino estaban en el salón de pre embarque Su equipaje ya estaba cargado en el avión de Air France y se dirigieron a la puerta dos para embarcar. Antes de eso, Ana preguntó como una curiosa más, quién era Inés, la mujer que estaba en la foto de la pancarta. El empleado de aduana contestó: .Ambas sonrieron y lentamente cumplieron los requisitos de la presentación de sus pasajes y el examen de sus bolsos

Los periódicos del día y las publicaciones de semanarios, colocaban en sus tapas las noticias del desprocesamiento de todos los implicados en el escándalo IBM; también de los imputados en los sobornos al Senado y la inexistencias de cuentas bancarias. Nuevamente se desnudaba un sistema basado en la impunidad y ellas eran tal vez la expresión palpable de ello; una nueva burla a una civilidad desencantada y descreída.

Ana miró a Magdalena sonriendo porque su final nuevamente, coincidía con la realidad del país; ambas ingresaron a la sala de embarque sin decir palabra. París las esperaba como destino final y definitivo. Eran amigas de siempre; pero fundamentalmente las unía un amor eterno. Muy alejado de una tormenta que ya quedaba para anécdota; Adolfo jamás sabría que estaba libre de culpa, como saberlo si vivía en medio de una selva incomunicado pero vivo, el dinero esperaba en el Banco y nunca encontrarían el cadáver de Inés, que descansaba para siempre, entre las raíces del jacarandá a seis metros de la cabaña donde pasaron ellas, una semana inolvidable.

FIN

GUSTAVO A. VACA NARVAJA



Gustavo A. Vaca Narvaja nació en Córdoba, Argentina. Médico Cirujano, inicia su carrera en la Patagonia, primero en la Provincia de Santa Cruz, durante dos años, y luego en Neuquén hasta 2007. En 1976, instalada la Junta Militar, debe asilarse en México junto a todo el grupo familiar hasta fin de 1982, fecha en que regresa a Neuquén. Su padre fue secuestrado y desaparecido el 10 de marzo de 1976; su hermano mayor, asesinado en la Cárcel de Córdoba el 12 de agosto de 1976. La persecución y los atentados contra su familia, el exilio en México, marcan un hito en su historia personal. BIBLIOGRAFÍA: Novelas: Jonás el pintor (Ed. Los cuatro vientos, Buenos Aires) Las puertas del poder (Ed. Narvaja, Córdoba) El desprecio (Ed. Narvaja, Córdoba) El Santo Padre (Ed. Zahir) Ensayos políticos: Con igual ánimo (Ed. Colihue, Buenos Aires) El hijo bastardo I y II (Ed. Narvaja) Guantes blancos (Ed. Narvaja) Cuando lo encuentren díganle (Ed. Narvaja) Ensayos latinoamericanos: Cono sur (Ed. Talleres Gráficos, Neuquén) Poesías: Diario El País (España) Diario La Nación (Argentina) Rocas en flor (Ed. Narvaja) Publicaciones sobre salud: Gastos en salud (...)
